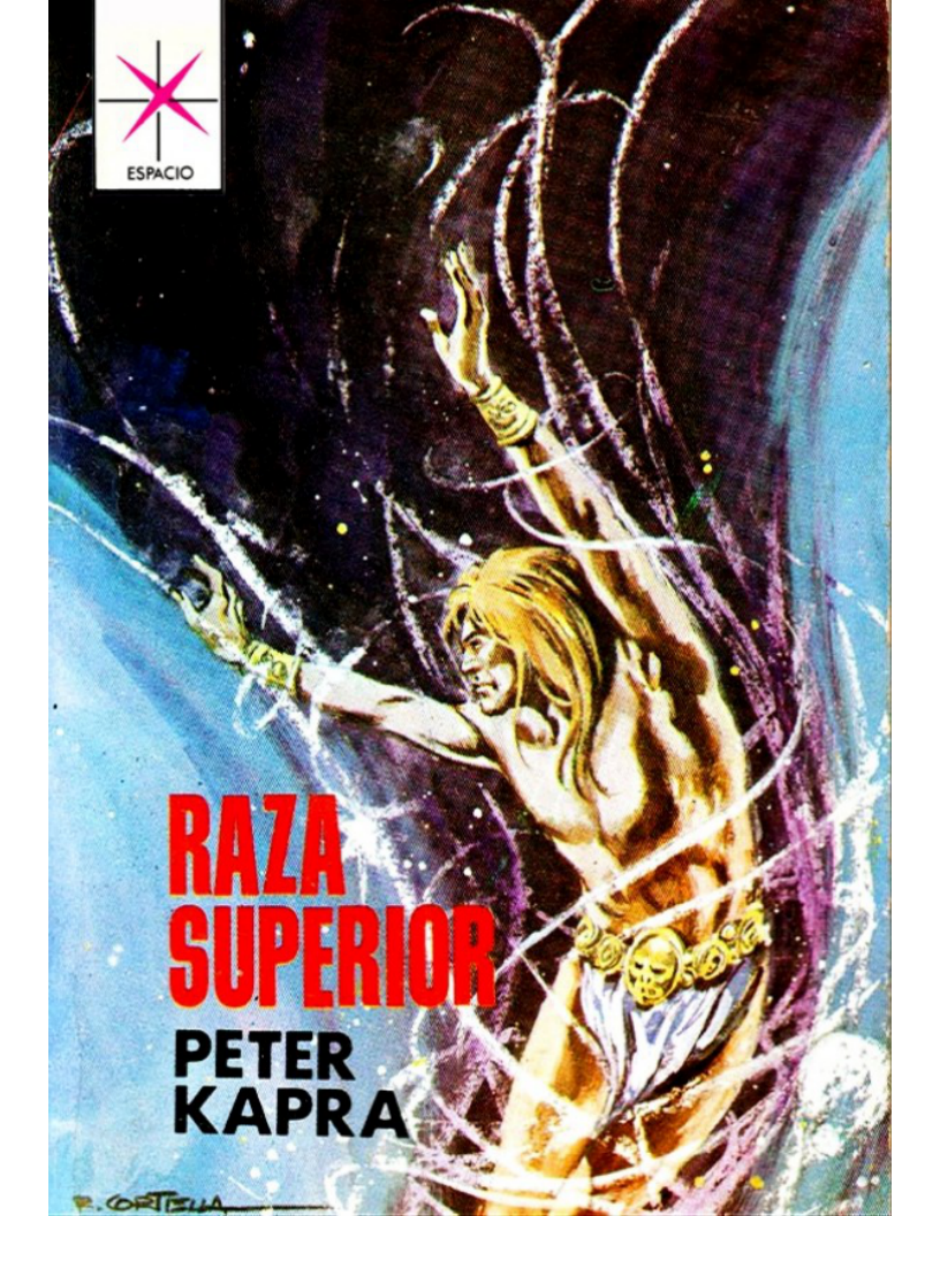

ESPACIO
RAZA SUPERIOR
PETER KAPRA
R. CORTIELLA

PETER KAPRA

RAZA SUPERIOR

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: R. CORTIELLA

Depósito legal: B. 28.424 - 1971

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Relato fantástico, inspirado en el «realismo científico» — como el autor interpreta — de las obras de los maestros Louis Pauwels y Jacques Bergier, en cuyos argumentos e ideas teóricas debe basarse el principio paleontológico y arqueológico de nuestra Era Técnica, consciente y convencido de que no hubo una civilización anterior, sino varias, y de que el hombre tiene que proceder de un origen superior, universal y extraterrestre.

A tan ilustrados e inspirados próceres, con el entrañable afecto y la profunda admiración de quien ve en ellos, no un camino, sino la imperecedera luz de la cual jamás debemos apartarnos, ¡ni siquiera en la oscuridad actual o venidera!, dedico esta pequeña obra.

PETER KAPRA 1971

Capítulo Primero

DIGNIDAD DE GIGANTES

Gwampa celebraba asamblea. El Círculo de Sabios estaba reunido en la plaza central, bajo el dios Sol, rodeados de las gradas y arcos, pilares, soportes, saledizos y tejados de la arquitectura oficial. La piedra azul o el silicato de alúmina, mezclado con cal y sosa, era el único material empleado en las construcciones de aquel pueblo.

El oro sólo era apreciado por su brillo y reflejo solar. La plata era desdeñada, el plomo, despreciado, y el hierro, desconocido.

Gwampa era un pueblo de filósofos, pensadores, teósofos, sabios, matemáticos y químicos — tkimios —, amén de una población absurda, cómoda indiferente, inerte, fría y plácida.

La Universidad era una escuela enteramente libre, donde los académicos explicaban sus lecciones diariamente a quienes quisieran escucharles.

El ejército era una casta superior que luchaba, en mundos lejanos, para mayor grandeza de Gwampa, pero sin que sus generales fuesen condecorados ni merecieran entierros especiales. En realidad, las conquistas de Gwampa en aquel tiempo eran demostraciones de fuerza y poder, no se sojuzgaba a nadie ni se sometía a raza o tribu alguna. Se llegaba a un lugar poblado, mostraban los gigantes su vigor y estatura y los pigmeos se postraban ante el desarrollo de los «gwampanos».

Eran dioses ataviados de metal ante bárbaros desnudos que se dejaban mimar por la «civilización», compuesta de alimentos gratis, sorpresas, emociones y recreos. Terrestres a los que los gigantes alienígenas ofrecían bondad, comida, distracción y progreso.

¡Benditas invasiones del ejército ignorado en un mundo extraña, salvaje y olvidado!

La técnica era sometida a discusión en las asambleas periódicas del Círculo de Sabios Nada era rígido, ni absoluto, ni perfecto, ni inmutable. Bastaba un alegato firme, una defensa ferviente o un argumento incontrovertible, para que los noventa y dos sabios de Gwampa decidieran abolir un sistema o instaurar un nuevo método.

No existía rey, ni monarca, ni jefe y mucho menos autoridad. Gwampa era un pueblo antiquísimo, compuesto de hombres, mujeres y niños, todos ellos de elevada estatura — entre tres y tres metros y medio de altura —, que vivía de las riquezas de un suelo inagotable, de un mar fecundo y de un agua milagrosa, mineral y medicinal,

capaz de erradicar toda clase de enfermedades.

Existía el trabajo, la cárcel y el dinero. Nada era libre, excepto el alimento y la vida. La ropa costaba «dins»... Ocho, diez, veinte o cincuenta se pagaban por una especie de toga, clámide o sayón. Un «din», las suelas adhesivas; tres «dins», las suelas con tiras de metal flexible; ochenta «dins», un impulsor de retropropulsión con el que remontarse a un cielo intensamente azul y contemplar la inmensidad del vasto dominio de Gwampa y las campiñas circundantes, regadas por canales de piedra.

Y un edificio de tres plantas, con ascensor, escaleras, ocho alojamientos, baño termal, despensa, *solárium,* jardín y centro familiar, costaba dos mil «dins». ¿Qué podía hacer un hombre para ganar tal cantidad de dinero? ¿Cómo podía adquirir las ricas propiedades de Gwampa?

Muy simple: nacer, en primer lugar. Administrar el «premio» — sueldo o paga que todo «gwampano» recibía desde su nacimiento hasta su muerte del erario público — y no derrocharlo en cosas superfluas, inútiles o en gozar de una existencia artificial, puesto que los vicios se pagaban a precios elevadísimos.

Cinco gramos de drogas alucinógenas costaban ciento veinte «dins». Una «vers» de licor dulce — un litro, aproximadamente—, costaba treinta «dins». El placer de una cortesana valía veinte «dins» diarios.

El Círculo de Sabios, más que juzgar a sus semejantes, lo que hacían, era escuchar y poner precio a las cosas. El «premio» era, en realidad, una prueba social. Hombres de pro, cabales, conscientes y justos, dispendiaban su «premio» en poco tiempo. Después venía la miseria, lo esencial para subsistir y reflexionar. Nadie podía dar nada a los demás porque no les pertenecía. Era su «premio», el fruto de la honestidad, del orden, del juicio y la frugalidad.

A un borracho se le atendía, llevándole al hospital. Al ladrón, se le conducía a la cárcel. Esto cualquiera podía hacerlo, solo o acompañado. No se necesitaba juez ni jurado, sino pruebas, ante las cuales el delincuente confesaba. Si las pruebas eran dudosas, el inculpado era puesto en libertad. Y si era arrestado de nuevo, se le encerraba, totalmente aislado de la sociedad, por períodos que iban desde un día a toda la vida. En realidad, un condenado a tal tipo de encierro purgaba en soledad, silencio y oscuridad el delito cometido, y luego se reintegraba a la sociedad sin que nadie pudiera reprocharle su mala acción, puesto que la había pagado de acuerdo con la ley natural.

Desde hacía algunos años, empero, los delitos podían pagarse también con hibernación, lo cual era una ventaja para Gwampa y para el infractor — porque no costaba nada al erario y el delincuente

no se enteraba del castigo y la soledad.

¡Matar se castigaba con el encierro perpetuo!

Ofender a un Sabio era una crítica halagadora. La palabra era un don, aunque fuese obscena. La virtud en saber replicar a la ofensa o la diatriba.

Se llegaba a Sabio a través de muchos años de virtud, de honradez, honestidad y sabiduría. Las bibliotecas eran públicas y los aprendices de Sabios se albergaban allí, desde muy temprana edad.

Jeant, sin embargo, aprendió en el ejército, viajando por lejanas tierras, descubriendo mundos, pueblos, mares, ríos y montañas, hasta que un día, decidió volver. Era libre y desanduvo el camino, para regresar a Gwampa.

Tenía treinta años cuando volvió a pisar el suelo azul vítreo de su ciudad. Su experiencia, inmensa...

* * *

Jeant pidió alojamiento en casa de sus hermanos. Su padre vivía aún, pero sus ojos, apagados ya, no pudieron verlo. Le tocaron sus manos.

Era una casa grande. Allí vivían sus hermanos, Abdmon, Estrant, ambos casados con Frikdoma y Gret, hermosas mujeres, madres de varios hijos.

La madre había muerto durante la ausencia de Jeant, quien lo supo a su regreso, oró por ella a los espíritus eternos.

— ¿A qué vas a dedicarte? — le preguntó su hermano mayor Abdmon, durante la primera comida con que fue obsequiado.

Jeant, tristemente, antes de responder, contempló a sus parientes. Primero a su anciano padre, cuyas espaldas se curvaban por el peso de sus ciento treinta y nueve años. Una larga y honesta vida. Un hombre prudente, juicioso y digno. Un hombre anónimo, como sus hijos, a excepción de Jeant.

Miró a su cuñada Gret, que era bella, alegre y joven. Sonrió.

— Tengo «dins» para comprar una casa. Elegiré una mujer y tendré hijos... Pero deseo hablar en la asamblea del Círculo de Sabios.

— ¡Oh, Jeant! —exclamó el padre—. ¿Qué pedantería es esa en un hijo mío y, además, militar? ¡Tú no has vivido en las bibliotecas, estudiando los libros ni los grabados!

— No, padre—replicó Jeant, en tono mesurado—. Pero he viajado durante las tres mil quinientas veces que ha salido Thei en el horizonte, y le he visto ascender hacia el cénit azul, y luego descender, cumplida su misión de darnos vida y luz, en el curso

inmutable de los tiempos.

»Yo he pensado bajo las estrellas, padre y hermanos míos. He dialogado con seres de otras razas, con pigmeos vestidos de pieles, con antropófagos, con hechiceros y con los legendarios «uhrseos», grabadores de piedras.

— ¿«Uhrseos»? — inquirió Estrant, dos años menor que Jeant—. Jamás he oído ese nombre.

— Viven detrás de las montañas blancas. Cien veces cien la distancia de Gwampa, en un valle verde, rojo y amarillo. Tienen casas de piedra labrada, instrumentos de fuego, cristales que matan.

»Los «uhrseos» me capturaron. Yo era dos veces más alto que ellos. Les gustó mi fuerza, pero no entendían mi lengua. Quisieron aprender de mí y me interrogaron, mostrándome luego su pueblo, sus gentes, sus casas y sus máquinas sorprendentes.

»Mil veces salió Thei, mientras yo aprendía su lengua y conocía su ciencia. Subí al cielo, en uno de sus navíos aéreos.

— ¿Navíos aéreos? —exclamó Abdmom, atónito.

— Sí, buques que vuelan, de color plata, que echan humo y fuego por la cola.

— ¿Todo eso has visto, Jeant? — preguntó Gret, extasiada, para quien la vida carecía de aliciente en Gwampa.

— Y vi nuestro mundo, que es esférico, con grandes superficies de agua, mares inmensos. Es sorprendente lo que saben los amarillos «uhrseos». Veng me hospedó y me enseñó todo eso para que volviera aquí y avisara al Círculo de Sabios del peligro que corremos todos cuando caiga la Segunda Luna.

— ¿Qué dices, Jeant? ¿No estará enferma tu cabeza? — preguntó el padre, que había escuchado atentamente —. Hablas un lenguaje extraño que no entiendo.

— Sí, padre. El mundo en que vivimos está en peligro. Por eso deseo hablar ante los Sabios. Si queremos sobrevivir, es preciso que hagamos algo.

— Vivimos, hermano — habló Estrant—. Sobrevivir es salvarse de un peligro. ¿Qué amenaza profetizas?

— Veng afirma que nuestro mundo atrae a la pequeña luna. Nuestra fuerza es mayor que la suya, por lo que viene hacia nosotros lentamente. Su tamaño crece, aparentemente. Ha aumentado. Caerá sobre nosotros y se producirá un cataclismo.

—¡Qué extrañas palabras dice tu hermano, Abdmom!—exclamó la grave y severa Frikdoma—. Si estuviesen aquí los niños, los mandaría a la cama.

— ¿Y qué pueden saber de esas cosas unos grabadores de piedras? — preguntó Abdmon.

— Son una raza pequeña, pero muy antigua. Nos ahuyentaron con

sus rayos invisibles. Todos huyeron, menos yo, que fui apresado y conducido a su pueblo. Sus antepasados labraban la piedra, por eso se llaman «uhrseos». Pero ahora van muriendo poco a poco. Esterilizaron a sus mujeres porque saben que no sobrevivirán y no quieren que sus hijos sufran con la hecatombe.

»Son todavía muchos, pero irán muriendo y desaparecerán. Y con ellos desaparecerá su ciencia, que está muy adelantada.

— ¡Son necios! ¿Por qué ha de caer la pequeña luna sobre nosotros?

— Por ley natural, escrita desde el principio de la Creación, como, algún día, Thei se apagará totalmente. Porque todo lo que nace muere, seres, animales y estrellas. La vida es muerte también y sin la una no existiría la otra.

Sólo Gret, la esposa de Estrant, escuchaba con sumo interés. Los demás parecían molestos, desgranando los frutos en los cuencos de vidrio rosado, sin comerlos. Los zumos estaban quietos en los vasos. La carne se había enfriado, revuelta con las verduras y las especias.

A pesar de celebrarse el regreso de Jeant, la comida resultó un fracaso.

— ¿Dónde viven esos «uhrseos», Jeant? — preguntó Gret.

—Te lo repito, esposa de Estrant. Recorre en línea recta cien veces cien la distancia de Gwampa y llegarás a sus valles, detrás de las montañas blancas.

— Eso debe estar muy lejos. ¿Cuánto tiempo se tarda?

— Mucho en ir. Pero he vuelto en la nave aérea de Veng.

— ¿Eh? — la exclamación fue colectiva.

— Sí. En ella tengo mis «dins». Los fui guardando en escudos grandes Los «uhrseos» no me los quitaron. Les explique que son mi futuro.

— ¿Dónde está esa nave... aérea? — preguntó Abdmon.

— A seis días de Gwampa, oculta entre los árboles. Veng está allí, esperándome.

— ¿Y por qué no habéis venido hasta aquí con ella? — preguntó Frikdoma, con incredulidad.

— Esa nave hace vibrar el aire, sacude el suelo y nuestras paredes. Podría derribar nuestras casas. Veng no quiso correr riesgos. Nos respeta mucho. Dice que los «uhrseos» aprendieron mucho de nuestros antepasados

— No lo entiendo... De verdad, Jeant — habló Pitios, el padre—. Yo soy tu antepasado... Mi padre lo fue también... ¡Y jamás he oído hablar de esa gente amarilla!

— He conocido otros pueblos, padre. Mi viaje ha sido largo. Vi hombres de piel negra que vivían en las copas de los árboles; otros en casas de troncos, en medio de ríos y lagos. Pueblos que moran en

cuevas y pueblos que viven bajo tierra, en la oscuridad. Ninguno como los «uhrseos», amarillos y pequeños, sabios y justos. Nosotros no los conocíamos a ellos, pero Veng tiene libros y tablas quemadas que hablan de nosotros, los gigantes de Gwampa... ¡Ah, nos llaman hijos de dioses!

— Sí, eso somos, Jeant — habló Pitios.

— ¡Los dioses no mueren, padre!

— Tú acabas de decir que todo lo que vive muere. No te contradigas o los Sabios se burlarán de ti.

— Yo hablo de este mundo... De lo material y que tiene cuerpo. La piedra fue antes algo distinto. Tal vez un hueso de hombre, una rama o un tronco. Piedra es polvo endurecido... Agua, fuego, aire... En cambio, los dioses vienen de otros mundos, de las estrellas, navegando por el vacío, porque el aire termina encima de nosotros, y luego está el vacío, que es inmenso.

— ¿Todo eso te lo ha contado Veng?

— Sí—exclamó Jeant, poniéndose en pie—. Y todo eso debíamos saber nosotros, ¡pero lo hemos olvidado!

¡Nuestros abuelos decidieron un día no enseñarnos esas cosas y nos cerraron los ojos! ¡Ahora estamos ciegos, como padre!

Señalar un defecto físico de un semejante era la peor ofensa que se podía hacer en Gwampa, cuanto más a un padre. Allí terminó la cena.

— Sal de esta casa, forastero... ¡Vete y no vuelvas jamás! — exclamó Pitios.

— ¡Ciego, padre! ¡Y un ciego no puede ver!

Abdmon y Estrant tuvieron que sujetar a su hermano y sacarle al salón, casi arrastrándole. Luego, le empujaron, haciéndole tambalearse en mitad de la calle, donde la escasa gente que pasaba se lo quedó mirando, sorprendida.

* * *

Gwampa celebraba asamblea.

Jeant se alejó por la calle embaldosada con placas de lapislázuli, bajo las que corrían los canales de agua, limpias y sucias.

No estaba enojado con su familia, aunque no debió decir a su padre que estaba ciego. Él lo sabía muy bien. Era viejo. Su organismo flaqueaba y le fallaron los ojos.

¿Podría curarle Veng? Pensó decírselo cuando fuese a buscarle. Sonrió. Pitios se pondría contento con volver a ver y le admitiría en su casa. Buscaría una muchacha como Gret, para él, y le acompañaría a la mesa pública: ¡Éste es mi hijo Jeant! ¡Ha vuelto de la milicia y

quiere casarse! ¡Trae íntegro todos sus «premios»!

Su padre estaría orgulloso de él. Pero ahora no lo estaba y Jeant lo sentía. Mas, por encima de todo, era preciso decir la verdad...

Recorrió las calles, cruzándose con gentes que le miraban con indiferencia. Hombres y mujeres que paseaban, que estaban sentados en los jardines, bajo los árboles, hablando o riendo. Eran «gwampanos» seguros de sí mismos, sin aspiraciones, sin inquietudes. Muchos de ellos beberían «vers» de licores exóticos, pagando altos precios de sus «premios». No era justo, pero lo hacían.

Y miraban con ojos admirativos a las hijas o esposas de otras familias. Muchachas de ojos rasgados y labios sensuales, a escondidas, cuando Thei no las veía, vendían su cuerpo, y con los «dins» obtenidos adquirían suelas con correas de platino tejido, o clámides llamativas y bordadas.

También había lupanares, cuevas de vicio, prostíbulos y farmacias de drogas en mansiones de aspecto honorable. Aquí se vendía; allí se compraba. Alimentos, ropas, calzados, muebles, objetos domésticos... ¡Y vicio!

Todo aquello iba a concluir en breve, cuando la pequeña luna blanca, a más de cuarenta mil kilómetros por segundo — cuarenta veces Gwampa de norte a sur, de costa a costa—, se abatiera sobre los confiados gigantes de aquel enorme pueblo de cristal azul.

Por esto, Jeant tenía que acudir a la asamblea general del Círculo de Sabios, reunidos en una enorme plaza circular, a la que desembocaban las principales calles de la ciudad.

Y allí fue como otros tantos «gwampanos». Y en tribunas vio a los noventa y dos Sabios, dormitando plácidamente, mientras uno, subido en el altar de los oradores, ante la estatua blanca de Thei, hablaba de cosechar más trigo, de montar molinos y hornos.

— Hay que dar pan a los pobres que viven en los aledaños. Ellos tienen que vivir. Sus «premios» son pequeños, porque no saben administrarse, no quieren aprender y sólo saben holgazanear y asistir a las peleas de animales. No seríamos dignos de nuestra estirpe, si no les damos, al menos, pan para sus estómagos.

Jeant se aproximó y alzó la mano, gritando.

— ¡Basta orador! ¡Lo que yo vengo a decir es más importante!

Muchos de los Sabios que dormían se despertaron sobresaltados.

Capítulo II

ANTE LA EFIGIE DEL DIOS THEI

Aquella intromisión causó extrañeza. No era corriente interrumpir a un sabio, y menos a un altruista como Gonxos, que trataba de despertar el interés de sus compañeros hacia gentes de los suburbios.

— ¿Y quién eres tú, intruso? — le increpó Gonxos, tratando de dominar su ira.

— Soy Jeant, hijo de Pitios, soldado de Gwampa, que he regresado de la lejana tierra de Uhrsea, donde habitan hombres pequeños y de piel amarilla.

— No conocemos a esa raza inferior. Vete, Jeant. La asamblea está reunida para asuntos más importantes.

— ¡No! ¡Oídme todos! Los «uhrseos» son sabios que dicen haber heredado la ciencia de nuestros antepasados. Y, en verdad, sea cierto o no, poseen máquinas y objetos maravillosos.

»Yo mismo he venido aquí volando por el cielo, sentado en el interior de una nave voladora.

—¿Te devoró un gran pájaro y luego te expulsó de su vientre aquí? — se burló Gonxos, causando la hilaridad de sus camaradas.

— Sí, exactamente, orador. Me devoró sin daño y luego me expulsó por una puerta que tenía escaleras metálicas — siguió diciendo Jeant—. Y no os miento. Podéis ver el pájaro no lejos de aquí.

«Conmigo ha venido un sabio «uhrseo», llamado Veng, quien sabe que pronto ocurrirá un cataclismo en nuestro mundo y todo quedará arrasado.

— ¡Ahí tenéis un nuevo profeta! — gritó Gonxos —. Oigámosle y nos divertiremos, aunque nuestros parias se queden sin pan. Será bueno que lo sepan en los aledaños de Gwampa... ¡El profeta Jeant, hijo de Pitios, se opone a que la tierra nos proporcione más trigo!

— No me opongo — clamó Jeant, vibrante, acercándose al pie del altar y señalando la efigie estrellada de Thei, el Dios del Sol—. Os lo juro por Thei, quien me fulmine en el acto si os miento. Que se dé pan al pobre, que se roturen más tierras, que se distribuya la riqueza... ¿Qué importa? ¡Votad por eso y luego oídme!

Un sabio ataviado con un sayón color naranja, recamado de bordados, se levantó, alzando las manos.

— Silencio... Si un «gwampano» jura por Thei, debemos escucharle. Dice que ha venido de un navío volador.

— ¿Y le has creído, Xetnos? — preguntó Gonxos con ironía.

— ¿Dónde está ese navío, Jeant?

— Allí — dijo Jeant, señalando al este—. No muy lejos, oculta entre los árboles. Podéis ir a verla.

— ¿Y por qué no viene la nave hasta aquí? — preguntó Gonxos.

— El ruido de su motor es muy grande. Cuando volamos, muy altos, sobre Gwampa, el sabio Veng me dijo que nuestros edificios podrían ser destruidos por la vibración.

— ¡Absurda excusa! — bramó Gonxos.

— Si ese navío volante existe, yo iré a verlo — dijo Xetnos—. Él me acompañará. Y si ha mentido propondré que se le encierre durante mil veces por la exaltación de Thei.

— ¡Eres un ingenuo, Xetnos! — habló otro sabio, posiblemente amigo de Gonxos—. Tal vez lo que pretende ese aventurero es atraerte fuera de la población y atacarte para apoderarse de tus ricas vestimentas. Se dice que han debido costarte muchos miles de «dins».

— Mis ropas, Krammon, son únicas. Distinguen mi linaje. Han costado más de lo que valéis tú y Gonxos juntos, con todas vuestras propiedades.

— No era mi intención ofenderte, Xetnos — pareció disculparse el aludido.

— La mía es responder. Y debo decir algo. Todos dormíais cuando hablaba Gonxos. Pedía trigo, tal vez para venderlo a los pobres y lucrarse con ello. Si en los suburbios hay pobres que pasan hambre, es por su propia estupidez. Somos un pueblo rico. Damos < >premios» para que todos puedan vivir decentemente. Pero hay mucho vicio, tanto en el centro de Gwampa como en los suburbios.

»¡Eso es ridículo! ¡Cada cual tiene lo que se merece! Nos dormíamos, porque todos sabemos que, al final, esa gente tendrá más pan.

»Pero aparece ante nosotros un hombre que trae noticias desde tierras lejanas. ¿Por qué no hemos de escucharlo? ¿No es de nuestra raza?

»El simple hecho de decir que ha volado en un navío por los dominios de Thei ya despierta mi curiosidad. Iré a ver ese navío, claro que sí. ¡Y pobre de él si me ha mentido o trata de burlarse de mí!

»Pero antes debemos escucharle. Así lo creo y así debemos hacerlo.

Xetnos era buen orador, inteligente, admirado, importante. Su casa era de las más fastuosas de Gwampa y su familia era digna y respetada. Siempre hubo un miembro de la familia de Xetnos entre los Sabios.

Se le aclamó, pues, y se permitió que Jeant subiera al altar de los oradores.

Una vez allí, sobre las mismas losas de lapislázuli que acababa de abandonar Gonxos, Jeant se inclinó ante la estatua blanca de Thei, extendiendo los brazos y doblando el cuerpo.

Oró en silencio. Pidió ayuda para él y para su pueblo, así como para todos los pueblos que había conocido en su largo viaje. Suplicó a Thei que contuviera con sus dedos de oro a la pequeña luna blanca y la sujetase a lo que Veng había llamado «su órbita».

Por último, imploró comprensión para el Círculo de Sabios.

* * *

— Detrás de unas lejanas montañas blancas, en valles verdes que surcan anchos ríos de aguas claras, viven los amarillos y sabios «uhrseos», cuya ciencia afirman haber aprendido de nuestros antepasados.

»Yo he visto sus libros y sus tablillas quemadas. He traducido inscripciones antiguas, que se remontan a épocas olvidadas, cuando Gwampa era un campamento de viajeros llegados de las lejanas estrellas.

»Eso saben los «uhrseos» porque lo escribieron sus padres ancestrales, que entonces sirvieron y ayudaron a los nuestros. Y, mientras que nuestra civilización se adormecía, en lo que era para nuestros antepasados un paraíso virginal, ellos se han ido transmitiendo el saber y la ciencia y poseen conocimientos extraordinarios, del pasado y del futuro, que nosotros hemos olvidado de generación en generación.

»No sabemos ya de dónde venimos ni a dónde vamos. Pero los «uhrseos» nos lo pueden decir. Ellos han conservado el saber que aprendieron de nosotros. Ellos han perfeccionado las ciencias, han descubierto los secretos de los cielos y ahora vienen a devolvernos lo que nosotros les dimos.

»Sí, Sabios de Gwampa. Uno de esos sabios «uhrseos» está cerca de aquí, posiblemente observándonos por medio de una pantalla cóncava, en donde se refleja, como en un espejo, todo lo que él desea.

»Su nombre es Veng. Yo le conocí cuando llegamos a Uhrsea y, para defenderse de nuestras hordas, nos lanzaron unas vibraciones invisibles que paralizaron nuestros movimientos de avance. Fue como si hubiesen alzado un muro transparente ante el que nos estrellamos.

»Los expedicionarios retrocedieron, asustados. Yo, en cambio, quedé allí, aplastado por mis compañeros, sin aliento y lesionado. Los «uhrseos» me recogieron con una máquina y me condujeron a una de sus ciudades. Me curaron con sus aparatos de luz, pero, al principio,

no podíamos entendemos, porque su lengua es distinta a la nuestra.

»Fue Veng, precisamente, quien acudió a mi lado y me habló en un lenguaje que se parece mucho al nuestro. Dijo que lo había estudiado en los libros antiguos.

»Luego, me llevó a su mansión, que es una especie de castillo de piedra labrada, muy artístico y rodeado de grandes árboles verdes. Allí, en una torre giratoria, tiene su observatorio astronómico. Todo aquello es muy grande y por eso podía entrar yo perfectamente, aunque las puertas eran pequeñas.

»Me alimentaron bien y me vistieron. Luego, a medida que Veng y yo nos fuimos entendiendo, me habló de todo lo que hacen allí. Los «uhrseos» estudian y trabajan. Ganan el sustento cultivando la tierra, a modo de ejercicio, unas horas cada día. Hay otros hombres que cultivan grandes extensiones de terreno, muy fértil, que les proporciona hasta tres cosechas al año. El resto del tiempo lo dedican a estudiar y enseñar a los jóvenes.

»Allí no tienen vicios, ni «dins», ni «vers». Comen y beben lo necesario para alimentarse. Cultivan el arte, la música y realizan viajes a las estrellas, de donde traen cosas extraordinarias y animales que nadie ha visto jamás, como pájaros de vistosos colores, extraños lagartos cuya piel cambia de pigmentación, peces exóticos, etc.

«También he visto sus laboratorios hortícolas, donde siembran raras semillas y crecen plantas que nunca hemos visto aquí.

»Veng me dijo que todo aquello se lo habían enseñado nuestros antepasados a los suyos, pero que estaba muy triste porque nosotros, los gigantes, hubiésemos olvidado nuestro pasado.

»Fue durante mi estancia en su observatorio astronómico cuando observamos el descenso de la pequeña luna blanca. Él la venía observando desde hacía tiempo. Y me lo dijo:

»—Ktare desciende lentamente, Jeant. De año en año la vamos viendo más cerca. ¿No has observado que aumenta de tamaño? Bueno, esto no es apreciable más que empleando medios de medición electrónica. Nosotros tenemos placas holográficas tomadas hace años y las comparamos con las de ahora. Por eso te digo que Ktare es más grande, o sea que se acerca a nosotros.

»¡Y un día caerá sobre nosotros!

»—¿Caerá sobre este mundo?

»—Sí, Jeant. No sabemos cuándo con exactitud. Depende del frenado de las capas altas de nuestra atmósfera. Los átomos y las moléculas son un obstáculo que frena su curso y la atraen hacia nosotros, en proporción a su masa. *Si* nuestro mundo fuese menor que Ktare, seríamos nosotros los que caeríamos sobre ella.

»—¿Y qué ocurrirá cuando caiga?

»—¿Sabes por qué nosotros ya no tenemos hijos y nuestras

mujeres envejecen y están tristes? Por Ktare, cuyo fin será también el nuestro. Y lo que ocurrirá está escrito en los cielos, para que lo vean los que tienen ojos.

«Caerá y la Tierra se hundirá con una gran explosión, millones de veces más fuerte que la de mil volcanes juntos. El aire se incendiará por el roce con Ktare y el mar saltará a gran altura, convertido en vapor y nubes, que Thei no podrá disipar.

»No sobrevivirá nada ni nadie sobre el planeta. El fuego lo arrasará todo. Luego vendrá el agua. Llover; muchos días y las montañas más altas quedarán cubiertas.

»Sólo los que puedan huir a las lejanas estrellas empleando muchas vidas humanas en ir y venir, podrán salvarse. Pero los «uhrseos» no quieren salvar se. Afirman que fuera de este mundo, la vida les está negada. Son insignificantes, gozan de escasa salud viven poco tiempo y mueren con facilidad.

»No quieren sobrevivir. Afirman que ya conocen los secretos del más allá y prefieren terminar aquí, con el impedimento de sus cuerpos amarillos, para ir a reunirse en espíritu con sus antepasados, que les están aguardando.

»Ellos saben exactamente el día en que se producirá el cataclismo, pero alegan que lo ignoran y m quieren precisar la fecha. Será pronto, sin embargo.

»Veng me dijo que teníamos tiempo de venir aquí y avisaros. Podemos prepararnos, ir con Veng, utilizar las naves siderales que ellos tienen construidas. Pero es lógico que no podamos ir todos nosotros hacia la salvación, cuando Ktare decida caernos encima.

»Yo he venido a informar. Vosotros habéis de decidir. Gwampa está condenada...

El revuelo que siguió a estas palabras de Jeant fue enorme. Tanto el Círculo de Sabios como el público reunido en la gran plaza, para escuchar su discurso, quisieron subir los escalones del altar y golpear a Jeant delante mismo de la estatua de Thei.

El vocerío era ensordecedor, agorero, siniestro.

Gret, la esposa de Estrant, en compañía de una bella amiga suya, llamada Kramadna, de singular hermosura, joven, esbelta y de cabellos largos y dorados, que le caían en cascada sobre sus hombros desnudos, que se encontraban en la plaza y no por casualidad, temieron por la vida de Jeant.

Por fortuna, el joven guerrero era enérgico. Y su voz vibró, al decir:

— ¡Alto, deteneos! ¡Voy a demostraros lo que digo! ¡Mi amigo Veng, que nos oye desde su nave, dejará oír su testimonio y avalará mis palabras con un signo que todos comprenderéis!

»¡Yo te lo pido, Veng! ¡Haz que tiemble el suelo de Gwampa, para

que mis hermanos conozcan la verdad de mis palabras! ¡Tú puedes oírme! ¡Tú dominas la tierra y la haces temblar a voluntad!

»¡Compláceme, Veng; te lo ruego!

No había hecho Jeant más que terminar de pronunciar estas palabras, cuando la tierra tembló durante unos segundos. Mucha gente cayó al suelo, derribada por el seísmo, las paredes de lapislázuli temblaron y la estatua blanca de Thei se agitó en su pedestal, amenazando desplomarse.

El pánico fue inmenso. Al cesar el temblor, la mayoría huyó despavorida en todas direcciones, gritando desaforadamente, como si ya hubiese llegado el fin del mundo.

Muy pocos quedaron en sus sitios. Uno de éstos fue Xetnos, seguro de sí mismo, digno como un pequeño dios de la riqueza, que se mantuvo en su asiento mirando hacia la figura de Jeant, la cual parecía haber aumentado de tamaño a los pies de Thei.

Otras dos personas que no huyeron, adosándose a un nicho de la plaza, fueron Gret, cuñada de Jeant, y su amiga Kramadna. Ambas estaban abrazadas, pero por encima del hombro de la primera, Kramadna contemplaba también a Jeant.

Y algunos hombres, antiguos guerreros, que conocían a Jeant y le habían vuelto a ver después de largos años de separación.

Al cesar el temblor telúrico y quedar vacía la plaza de la asamblea general, aquellas personas se acercaron al altar de Thei, donde Jeant descendía lentamente la escalinata, diciendo:

— Perdonadme... Yo sé que Veng posee el poder, enviando rayos magnéticos al subsuelo, de hacer temblar la tierra. No nos causaría daño. Por eso le pedí que me ayudase. Sé que nos está viendo y escuchando... ¡Gracias, Veng! Los «gwampanos» ya me creen.

— ¿No te acuerdas de nosotros, Jeant? — exclamó un ex guerrero —. Soy Urxug... ¡Y este es Klatok!... Estuvimos juntos en Grea y en Apsola.

Jeant sonrió; abrazó a unos y otros, diciendo:

— ¿Cómo os iba a olvidar, camaradas? ¡Vosotros sabéis que, después de cruzar las montañas blancas, en los valles de los «uhrseos» ya no volvimos a vernos! ¡Decídselo al poderoso Xetnos!

— No necesito que me lo digan, Jeant. Te creo... Y deseo pedirte que vayamos en mi «grega» a ver a tu amigo Veng.

— Sí, Xetnos; naturalmente que iremos.

— ¡Jeant, hermano mío! —exclamó Gret, entonces.

Él vio acercarse a su cuñada. Y distinguió a la singular Kramadna, a la que vieron también los otros, quedando todos impresionados por su extraordinaria belleza.

— ¡Gret, hermana! ¿Qué haces tú aquí? Mi padre te reñirá si sabe que has venido.

— No importa, Jeant — contestó Gret, sonriendo —. Teníamos que buscarte... Ésta es Kramadna... Le he hablado muchas veces de ti.

— ¿De mí?

— ¡Hijo, vaya una criatura! —exclamó el ex soldado Urxug.

Jeant se acercó a su cuñada y le tendió la mano, a la usanza «gwampana», para tocar la palma de la que le ofrecía Kramadna, quien miraba al suelo con timidez.

— Hoy le dije que habías vuelto y quería conocerte. Si tú quieres, podría ser hermana mía.

— Es muy bonita tu amiga, sin duda — dijo Jeant —. Y te agradezco tu buena intención, Gret. Pero yo le dije a padre que iba a casarme sólo para que tuviera buena impresión de mí. Estaba inquieto, temiendo que la ausencia me hubiese cambiado.

»Lo siento, Gret. No he venido a casarme y a tener hijos... ¡Y lo siento también por todos vosotros, porque vuestra felicidad está condenada! ¡Los días de la luz de Thei sobre nosotros se acaban!

— Pero tú has dicho que los «uhrseos» tienen navíos que pueden llevarnos a las estrellas — dijo Xetnos, quien observaba también atentamente los hombros desnudos de la bella Kramadna, recreándose en el abultamiento precioso de sus senos, en sus brazos y en el contorno que la clámide permitía ver de sus piernas y tobillos.

— Sí. Hay navíos siderales preparados. Mas no puedo ser yo quien elija a los que han de vivir. Eso es tremendamente injusto. Ni siquiera yo puedo aspirar a ese privilegio.

«Serán muy pocos los que sobrevivan. Y, en todo caso, han de ser los «uhrseos» los que decidan.

— Voy a mi casa a buscar la «grega», Jeant. Espérame aquí y te acompañaré a ver a tu amigo. Iremos más aprisa en el carruaje que a pie. Luego, convenceré a los Sabios.

— Gracias, Xetnos. Eres muy amable.

— Hay sitio también para ella — añadió Xetnos, señalando a Kramadna—. Puede acompañamos, si quieres.

— No — intervino Gret secamente, tal vez adivinando las intenciones del opulento Xetnos—. Debemos volver a casa... Nos veremos luego, Jeant. Comprendemos que tienes cosas importantes que hacer. Diré a padre que no quisiste ofenderle.

— No, Gret; no quise ofenderle. Entre los «uhrseos» aprendí que decir la verdad a los demás, aunque nos moleste, es bueno y beneficia. Mi padre puede ser curado y se lo demostraré. Veng le curará. Pero él debe admitir que no ve y no fingir que es un hombre normal, como todos nosotros. Conozco a mi padre. Es altivo y orgulloso y no le gusta reconocer una debilidad...

»Lo siento, Kxamadna. En otras circunstancias, me habría alegrado mucho conocerte.

— ¿De qué familia eres? —preguntó Xetnos a Kramadna, como por curiosidad.

— Soy hija de Agmenton, comerciante de suelas.

— ¡Vámonos! — casi gritó la cuñada de Jeant, tirando de la mano de su amiga.

Capítulo III

EL RASTRO DE LA HISTORIA

La existencia de los «gwampanas» se remontaba a más de cincuenta mil años, pero su civilización había sido decadente. El progreso fue frenado por los Sabios.

Al principio existieron reyes o hijos de Thei. Luego, se sucedieron diferentes formas de gobierno. Pero todo se había perdido y olvidado.

El Círculo de Sabios no gobernaba, sino que decidía el bienestar común, votando lo que debía hacerse. La riqueza de aquel pueblo era tan grande en «dins» que nadie tenía necesidad de trabajar, si todos hubiesen sabido administrarse. Pero no era así.

Los «premios» se podían cobrar cada día. Con aquel dinero era posible adquirir alimentos y ropas. Lo daban en la mesa comunal de cada zona y se podía cobrar también por períodos más amplios. Sin embargo, sucedía que cada «gwampano» podía hacer lo que quisiera con su «premio» y muchos lo tenían cedido e hipotecado, acudiendo el titular a la mesa de pago en compañía del comerciante o acreedor.

De ahí venía la diferencia social.

Los jóvenes, más alocados e inexperimentados, consumían sus «premios» en fiestas y orgías. Luego, acudían a los prestamistas y se hipotecaban por cien, mil y hasta diez mil «dins», teniendo que estar casi toda su vida comiendo pobremente, sin vivienda, refugiados en las barracas de los suburbios, y hasta sin ropas y descalzos.

Otros, por el contrario, no sólo percibían todos sus «premios», sino que sabían especular con la desidia de los demás y comerciaban o hacían préstamos, con lo que aumentaban su fortuna, pudiendo tener suntuosos edificios cerca del centro mismo de Gwampa.

Uno de estos afortunados era el sabio Xetnos, en cuya familia todos eran ricos. Su palacio era magnífico e impresionante, cerrado con puertas de platino, rodeado de árboles frutales y provisto de los más antiguos refinamientos.

Por ejemplo, Xetnos poseía una «graga». Muy poca gente en Gwampa conservaba aún aquellos vehículos de presión de aire, que se deslizaban sobre las superficies planas a gran velocidad y se detenía o sorteaba cuando aparecía un obstáculo.

La «graga» era una máquina para viajar con comodidad. No sufría desgaste ni era preciso alimentarla con combustible alguno. Las baterías interiores, herméticamente cerradas, se regeneraban por sí solas. Sus constructores, los antiguos «gwampanos», construyeron máquinas muy perfectas para distintos usos. Todo era indestructible.

Pero dejaron de fabricarse hacía siglos, como se dejaron de hacer otras cosas importantes. Las ruinas de las grandes factorías «gwampanas» habían sido devoradas por la voracidad de la selva. La molicie y el abandono en que cayó aquel gran pueblo, cuya vida estaba resuelta para la eternidad, justificaba la inercia retrógrada de sus descendientes.

Xetnos sabía manejar la «graga». Era fácil. Se sentaba cómodamente ante el cuadro de mandos, presionaba un botón, y una simple palanca dorada, moviéndola en la dirección que deseaba seguir, impulsaba el vehículo.

Había varios asientos en el vehículo, cómodamente dispuestos, para los acompañantes.

Xetnos guardaba la «graga» en una cabina, entre los árboles. Allí también tenía elevadores individuales, de distintos tipos, para poder remontarse en el aire, hasta cien o doscientos metros de altura. Pero estaba prohibido, porque el cielo era dominio de Thei. Aunque los «gwampanos» que habían adquirido aquellos viejos aparatos de vuelo individual, fabricados también hacía siglos, sólo respetaban a Thei en presencia de sus semejantes, para no ser acusados de irrespetuosos. La verdad era que nadie consideraba ya al sol como amo y señor de todas las cosas.

Thei era un símbolo, un disco dorado en el cielo, como Ktare y Otare, las dos lunas que surcaban la eclíptica durante la noche.

Xetnos por ejemplo, hombre ya maduro, que había saboreado todos los placeres de la vida, riquísimo y caprichoso, se había puesto a defender a Jeant por el placer de conocer sensaciones nuevas. Le aburría la asamblea y los discursos de los Sabios le causaban sopor.

Jeant significaba algo nuevo. Podía estar loco, sin duda. Ser un visionario estúpido, pero le divirtió apoyarle en el primer momento. Y luego, después del seísmo, se alegró. Algo importante había en todo aquello. Y, por si fuese poco, encontró a Kramadna, cuya belleza le impresionó.

Pensando precisamente en aquella muchacha, Xetnos llegó a su mansión. Uno de los sirvientes le abrió la puerta, haciéndole luego una reverencia.

— Voy a salir con la «graga», Ektos.

— ¡Ha temblado el suelo, amo!

— Lo sé, Ektos. No te inquietes. Quiero que, durante mi ausencia, busques a un comerciante de suelas, llamado Agmenton, que tiene una hija con cabellos de oro.

— ¿Vas a casarte, amo? — se asombró el criado.

— ¡Qué tonterías dices, Ektos! Si puedo obtener la virtud de las mujeres bellas sin desposarlas, ¿para qué atarme a ellas toda la vida? Haz lo que te he dicho y hazlo bien. No es preciso que digas nada.

Sólo averigua dónde vive. ¿De acuerdo?

— De acuerdo, amo.

Xetnos, satisfecho, fue a buscar la «graga»; entró en el hangar, subió al aparato y lo puso en marcha, para regresar a la plaza de los Sabios de Thei y recocer a Jeant.

* * *

Veng aguardaba, insignificante y pequeño, vestido con su ropaje gris, que le llegaba hasta los pies, en medio de la rampa de acero brillante de la extraña nave lenticular en la que había viajado hasta Gwampa, en compañía de Jeant.

Inclinó la cabeza humildemente, al ver acercarse a los dos gigantes llegados en la «graga» que se había detenido a menos de veinte metros.

— Mi corazón se alegra de volverte a ver, hijo de dioses — habló Veng, en lengua «gwampana» —. He presenciado tu encuentro con los sabios de tu pueblo e hice lo que me pediste, Jeant. ¿Es este el Sabio Xetnos?

— Sí, Veng. Ha querido venir a hablar contigo.

— Es un honor para mí, Xetnos — dijo Veng, volviendo a inclinar la cabeza—. Mi humilde persona está a tu servicio, Xetnos.

Xetnos estaba contemplando la nave, de enormes dimensiones.

— ¿Con esto habéis llegado por el cielo desde tu lejano pueblo, Veng?

— Sí. ¿Quieres pasar y conocer la técnica de su interior?

— Me gustaría.

— Será preciso que agaches la cabeza para entrar. Luego, en el interior, tendrás que permanecer sentado. Fue construida para mi estatura y no para la vuestra.

— Entiendo—dijo Xetnos, sonriendo.

Tuvieron que agacharse al cruzar la escotilla principal. Veng manejó unos controles y la puerta se cerró, descorriéndose otra compuerta que comunicaba con el interior o cabina, en cuyo centro se hallaban los instrumentos de mando, dejando una corona circular, donde podían acomodarse hasta unas veinte personas.

Un asiento circular, que se transformaba en pequeñas literas, daba mayor comodidad.

— Sentaos ahí — dijo Veng—. Vamos a despegar. Quiero que veáis la pequeña luna de cerca y contempléis los fuegos maculares. Veremos también la Tierra desde la estratosfera.

— ¿Va a durar mucho el viaje? — preguntó Xetnos, inquieto.

— No. Sólo unas horas, durante las cuales podemos hablar,

aunque poco tengo que añadir a lo dicho por Jeant.

Mientras hablaba, Veng accionó algunos mandos, uno de los cuales hizo descorrerse el techo en dos secciones, dejando sólo una cúpula transparente. Lo mismo ocurrió con el piso, a través de cuyos rectángulos pudieron ver el suelo donde estaba posada la astronave.

— Vamos a despegar... No causa impresión alguna. La aceleración no se percibe aquí dentro. Un poco de fuego físico al despegar y en el aterrizaje... Parece que esté uno dentro de una bola de fuego, ¿verdad, Jeant?

— Sí, maestro.

El pequeño Veng sonrió. Se había acostumbrado al calificativo que le diera Jeant tiempo atrás, y le hacía gracia.

— Ya vamos...

Efectivamente, un rumor apagado se produjo en el exterior de la nave. Mirando al suelo, Jean y Xetnos vieron una llama roja y azul, que duró unos segundos. Luego, a través de los rectángulos transparentes, mirando hacia abajo, pudieron ver los árboles, los ríos y las montañas, quedando atrás.

— ¡Mira, Gwampa! — exclamó Xetnos.

Desde la altura, la enorme población de lapislázuli, con sus calles y avenidas, inmensa dilatada sorprendente y maravillosa ofrecía un aspecto de retablo horizontal.

— Jamás había subido tan alto... ¿Y qué es aquello?

— Los mares.

— ¿Por qué son verdes?

— Por la densidad del agua. En pequeña cantidad, el agua es incolora. Pero en tan enorme extensión adquiere esa tonalidad, que, en cierto modo, es un reflejo del cielo — Veng se acercó a donde estaban sentados Jeant y Xetnos—. Eso que vemos debajo es nuestro mundo. Ahí hemos nacido y ahí hemos de morir.

— ¿Eres capaz de devolver la vista a mi padre, Veng?

— Sí, lo haré, Jeant. Estuve viéndote. Tu padre se molestó muchísimo. Todo eso me apena. Vosotros no debíais estar así siendo hijos de dioses. ¿Qué os ha ocurrido? ¿Por qué no continuó vuestro progreso? Ahora no tendríais ciegos, ni enfermos, ni pobres... Y os sería posible ir a estableceros a otro planeta distante, igual que vuestros antepasados se establecieron aquí cuando vuestro mundo se volvió estéril.

— ¿Cómo sabes que nuestros antepasados vinieron de otro mundo? — preguntó Xetnos.

— Porque está escrito en las tablas antiguas.

— ¿Quién tiene esas tablas?

— Nosotros conservamos muchas de ellas.

— ¿Vosotros? ¿Cómo? ¿Por qué?

— Yo puedo explicártelo, Xetnos — dijo Jeant, tristemente—. Nosotros llegamos aquí y civilizamos este planeta, cuyos habitantes, salvajes, vivían en la oscuridad. Les dimos instrucción y cultura. Les enseñamos a cultivar la tierra, a pescar, a trabajar el hierro y los metales, la cerámica, el vidrio... Todo lo aprendieron de nosotros y nos adoraban como a dioses.

»Los «uhrseos», a diferencia de otras razas, continuaron nuestras enseñanzas, crearon escuelas, y se convirtieron en seres técnicamente civilizados. Esto que ves aquí es la prueba.

«Nosotros, en cambio, como lo teníamos todo, nos echamos a dormir, siglo tras siglo, y no solamente dejamos de progresar, sino que olvidamos casi todo lo que sabían nuestros antecesores.

— Exactamente. Así fue. Vosotros no sois más que los descendientes de los dioses, cuyas máquinas nos sobrecogían de terror. Tenemos filmaciones tridimensionales de aquellos tiempos que todavía podemos contemplar y que nos causan una admiración sin límites.

Mientras hablaban, la nave continuaba ascendiendo hacia el firmamento, sin que ninguno de sus ocupantes sintiera la más mínima alteración. Xetnos no pudo por menos que inquirir:

— ¿A qué altura estamos?

— A mucha. Aunque en el espacio nada hay alto o bajo, porque tampoco existen las distancias. Es curioso, sois «gwampanos», seres altos e inteligentes, y no os habéis preocupado de conocer vuestro propio origen, de saber vuestra historia.

— Tenemos bibliotecas en Gwampa, Veng. Pero los libros antiguos han ido desapareciendo a través de los tiempos. Se los han llevado los Sabios o los han destruido, para que ahora no podamos leerlos. El pasado quedó atrás, está muerto. El futuro no lo conocemos. Sólo conocemos el presente.

— Trágico habría sido vuestro fin si, en remotos tiempos, no hubiesen puesto vuestros antepasados su confianza en nosotros — habló Veng con tristeza—. En verdad, es lógico que ahora os devolvamos lo que nos disteis. Por eso es bueno que los hombres «siembren», a fin de que luego puedan recoger, y si no ellos, que lo hagan sus hijos.

»Me siento orgulloso de Jeant, Xetnos. Ha permanecido bastante tiempo conmigo y ha aprendido lo suficiente para ser un buen caudillo que lleve a sus semejantes a un lejano y seguro mundo.

«Mientras él os hablaba, yo estudiaba a los que llamáis Sabios, y de los que tú eres uno, Xetnos. ¿Qué sabiduría es la vuestra?

— Sabemos más que nuestros semejantes — replicó Xetnos, nerviosamente.

— ¡Ah, eso es cierto! Los otros son ignorantes. Si acordáis en

votación no pagar ni un «din» a nadie, la plebe aceptará vuestro designio. ¿Para qué quieren los «dins», sino para que hombres como tú vivan bien, a costa de la pobreza de los demás? En otras palabras, necesitáis el dinero para poder alardear de tener más que otros, para hacer destacar la desigualdad, para vuestra ostentación.

— Yo no he hecho Gwampa — se defendió Xetnos.

— No. Pero puedes incitar a tus semejantes a la superación. En cuanto se despierte el estímulo, será posible renacer, volver a obtener el esplendor del pretérito.

»¡Ah, qué destinos más injustos! Estoy apenado por ello. Vuestra raza es fértil y poderosa. Nosotros, en cambio, sabemos, casi con matemática exactitud, los días que nos quedan de vida. Y nada podemos hacer por evitarlo... ¡Nada!

— ¿Y no podéis tomar vuestras naves e ir a buscar refugio en otros mundos?

— No, Xetnos. Nosotros somos «uhrseos». Aquí nos hicimos y aquí hemos de extinguirnos. No lograríamos adaptarnos a otras atmósferas o gravitaciones, porque jamás nos mezclamos directamente con vosotros.

«Fuimos demasiado respetuosos con los dioses para ofenderles.

»En cambio, vosotros lleváis consigo la herencia de vuestros antepasados universales. Sois viajeros del cosmos. Os podéis aclimatar rápidamente porque vuestro metabolismo es mutable. Todo lo hemos estudiado y sospesado. Incluso hemos hecho viajes interplanetarios, tratando de hallar un mundo análogo al nuestro. Los hay, indiscutiblemente, pero nosotros jamás nos adaptaríamos. Y decidimos que, para ir a morir a un mundo que no nos pertenece, es preferible morir aquí. Ésa es la razón por la cual dejamos de tener hijos. Ninguna vida útil será truncada cuando la segunda luna se desplome sobre nosotros y se produzcan los grandes cataclismos.

— ¿Sabes exactamente el día en que eso se producirá, Veng?

— El día exacto, no. Pero en nuestros cálculos hay muy poco margen de error.

— ¿Hemos de apresuramos a elegir a los que irán a las estrellas a continuar viviendo? ¿Cuántos podemos ir? — preguntó Xetnos.

— Hay tiempo de sobra aún. Lo importante es que sepáis elegir a los que han de ir a Uhrsea a embarcar. Nosotros ya tenemos elegido un planeta, al que no llegaréis vivos, pero llegarán vuestros nietos.

— ¿Nos hemos de pasar la vida viajando en naves como ésta? — se asombró Xetnos.

— Como ésta, sí; y mucho más grandes... ¡Ya estamos llegando a Ktare!

* * *

Jeant contempló la superficie rugosa y gris, iluminada por el despiadado foco de Thei, con sus cráteres y sus enormes grietas. De algunos montes surgían llamas y humo. Volcanes en erupción enviaban a la enrarecida atmósfera el magma fundido que brotaba de las entrañas de su subsuelo.

De pronto, algo en el paisaje, que se deslizaba bajo la nave, llamó la atención de Jeant:

— ¿Qué es aquello, maestro? ¡Parece una ciudad!

— Son las minas de Abbra, población fundada por una raza desaparecida. He estado ahí varias veces, investigando la cultura de los «abbreos», pueblo belicoso y guerrero, cuyos adelantos científicos iban encaminados a la guerra y a la destrucción de sus enemigos. Sin embargo, perecieron víctimas de sus propias armas. Ellos convirtieron este pequeño mundo en un infierno, pereciendo después en él, víctimas de epidemias que ellos provocaron para aniquilar a sus adversarios.

Xetnos señaló un surco estelar muy brillante, que cruzó el horizonte de modo fugaz, dejando tras sí como una estela de fuego.

— ¿Y eso?

— ¡Ah, ésa es la razón por la cual desaparecerá nuestra civilización terrestre! Ese fuego ígneo y fugaz es producido por micrometeoros, moléculas, átomos y materia condensada en las capas altas de nuestra atmósfera, por encima de la cual está el vacío.

«Nuestra atmósfera nos protege de esos pequeños corpúsculos, de forma que cualquier cuerpo dirigido directamente hacia nosotros, al ser frenado por las capas altas del aire, es desintegrado.

«Aquí está ocurriendo ya algo parecido, con el inconveniente de que son pequeños corpúsculos, orbitando en torno a la Tierra, los que tropiezan ya con Ktare, incendiándose en su débil atmósfera. Estos fuegos, que no son visibles a simple vista desde la Tierra, se acentúan.

«Pronto, esto será un continuo bombardeo de materia, que caerá en forma de carbono sobre el suelo. Aumentará la aceleración atractiva... ¡Y Ktare perderá su equilibrio celeste, y se abatirá sobre nosotros!

— ¿No habéis pensado en destruir este mundo? — preguntó Jeant.

— Sí, lo hemos pensado. Además de que el desequilibrio también no sería fatal, pues se producirían grandes mareas, corrimientos de tierras y, tal vez haciendo estallar la Tierra como una granada, nos caería encima una lluvia de fragmentos, cuyas consecuencias serían las mismas.

»Incluso llegamos a pensar en instalar sobre la superficie de Ktare

grandes motores a reacción, con objeto de agrandar su órbita y hacer que vuelva de nuevo a su órbita primitiva y estable. El estudio que hicimos fue ingente. Al fin, desistimos de aquella idea por irrealizable.

»Sin embargo, cuando vuestros antepasados llegaron a la Tierra, esa idea habrían podido realizarla con sus naves gigantescas, capaces de transportar millones de seres como vosotros.

— ¿Dónde están esas naves?

— Se han perdido en el transcurso de los siglos.

Capítulo IV

PRELUDIO DE COLAPSO SIDERAL

— Ésa es la casa de mi padre, Veng — habló Jeant, señalando el lugar donde nació.

Thei se había puesto. Era noche casi cerrada, a excepción de la luz que difundían, en Oriente y Occidente, Ktare, y Otare, como lámparas blancas suspendidas en el firmamento.

Algunos borrachos vociferaban unas casas más abajo.

— ¿Qué hacen? — preguntó el pequeño Veng.

— El licor enturbia sus mentes. Debe ser algún lupanar. Yo también he frecuentado esos sitios — Jeant se detuvo ante la puerta de vidrio azul y presionó el llamador electrónico.

— Lo sorprendente de vosotros — dijo Veng — es que todavía os queden vestigios de una técnica muy avanzada, y que ignoréis lo que significa todo esto. Has llamado a la gente que hay dentro, empleando un pulsador electrónico que, posiblemente, fue construido hace más de diez mil años.

— Sí, eso he pensado. Pero todo lo que se hizo entonces para nuestro uso, como las cocinas de rayos caloríficos, jamás se descomponen, ni se rompen. No es preciso reparar nada. Todo parece recién hecho.

— ¿Por qué preocuparse de su interior? Además, no podemos abrir las cajas de circuitos. No sabemos cómo hacerlo.

La voz de Abdmon, el hermano mayor de Jeant, sonó en una ventana del primer piso:

— ¿Quién llama?

— Perdona, Abdmon. Soy Jeant. Traigo a un amigo que...

— ¡Vete y no vuelvas más por esta casa! — respondió el otro.

— Escucha, Abdmon; te hablo en serio. Abre la los ojos de padre vuelvan a ver. Déjanos entrar.

— ¿Es tu amigo el hombrecillo que dicen que hace templar el suelo?

— Escucha, Abdmon; te habla en serio. Abre la puerta y hablaremos. Veng ha venido conmigo. Traigo aquí su caja de medicina. Y mi amigo no trata de hacer daño a nadie, sino de ayudarnos.

— Espera... Bajaré.

Poco después, la puerta se abría, y Abdmon, vestido con ropas negras, franqueaba el paso a su hermano, observando con particular atención la caja de algo parecido a cristal verde que Jeant llevaba en

la mano.

Miró también a Veng, quien le hizo una reverencia antes de entrar en el vestíbulo.

— Él es Veng, hermano. ¿Dónde está padre?

— Duerme, supongo. Gret ha dicho cosas muy extrañas de ti. Y se ha corrido la voz de que la tierra ha temblado por tu causa.

— No fue más que una ligera sacudida magnética — declaró Veng, sonriendo—. Lo hice para convencer a los incrédulos.

— ¿Tú puedes devolver la vista a mi padre? — preguntó Abdom.

— Sí, creo que sí. Debo examinarle primero. De un modo u otro, aunque sea por breves períodos, tu padre puede ver

— Dejadme que vaya a verlo a su habitación. Debo hablar con él... Lleva a tu amigo al salón y ofrécele miel y fruta, Jeant. Me habéis encontrado despierto por casualidad. ¿Por qué venís a estas horas, cuando sólo los viciosos andan ya por las calles?

— Hemos tenido que hacer un viaje hasta Ktare, Abdom — dijo Jeant.

— ¿Qué? ¿Habéis estado en Ktare?

— Sí, y el Sabio Xetnos ha venido con nosotros.

— Pero..., ¿cómo es posible eso?

— Veng tiene una nave que vuela muy alto. Teníamos que efectuar allí un reconocimiento.

— ¡Que el Gran Thei nos asista! ¡Has regresado muy extraño, Jeant! ¡Gret lo ha dicho y no puedo creerlo! Pensé que te admiraba demasiado, porque cuando era más joven, estaba enamorada de ti, y no de Estrant. Pero ahora creo que tiene razón... Si es verdad que padre puede volver a ver, te habrás ganado la gratitud de todos nosotros y serás el hijo predilecto.

—No necesito honras, Abdom — replicó Jeant—. Sólo quiero ayudar en lo que puedo. A Veng le causa placer podernos ser útil en algo, ¿no es verdad, Veng?

— Es el mayor placer de mi vida, Jeant.

Abdom se retiró, utilizando un ascensor, mientras que Jeant encendía las luces y mostraba a Veng el interior de la enorme mansión.

— Esta casa perteneció a nuestros antepasados. Nada se ha modificado desde que fue construida. La tradición se conserva íntegra, y es que, en mi familia, el hijo mayor es el continuador de la estirpe. Los demás hijos somos colaboradores.

»Yo podía gastar mi «premio» donde quisiera, Abdom estaba obligado a conservar la herencia familiar. No somos muy ricos, pero hemos vivido siempre con holgura. Y se nos respeta, aunque no intervenimos en el Círculo de Sabios.

— Los materiales de que están hechos los muros son

indestructibles. Nada hay que resista más el paso del tiempo que esta piedra azul, unida con sílice fundido. Ni siquiera es posible arañarlo.

«¡Lástima que todo esto vaya a destruirlo Ktare!

Jeant ofreció un cómodo asiento a su amigo Veng, en aquella enorme silla, apenas si se veía.

— Somos más de doce millones de «gwampanos», Veng. ¿Quién irá a las estrellas?

— No pueden ir más de dos o tres mil.

— ¿Quién, qué clase, mujeres, hombres o niños?

— De todo, Jeant. Eso debéis decidirlo vosotros.

— Se creará un problema muy grande. Los que se queden saben que morirán. Todos querrán embarcarse en las naves.

— Lo imagino Pero alguien debe encargarse de que vayan los mejores, los que desean vivir, resucitar del pasado en que habéis caído. Gente nueva, emprendedora, con ambiciones.

— ¡Me temo que serán los poderosos, como Xetnos, los que quieran ir, acompañados de sus familiares!

— Eso sois vosotros los que debéis tratar de impedirlo. Comprenderás que yo no puedo intervenir. Es lo mismo que decirte con exactitud el día y la hora en que va a ocurrir la tragedia. ¿Crees que yo puedo hacerlo?

»No, Jeant. Sería inhumano. El terror se apoderaría de las gentes en este mismo momento y las consecuencias serían desastrosas. Vuestra moral no es, que digamos, muy sólida. Hay «gwampanos» en los que se podrá confiar, como yo confío en ti. Pero ¿y los otros?

— Somos doce millones de seres desiguales. Me siento avergonzado de mi raza—murmuró Jeant.

— Eso te honra, Jeant. Nosotros, por el contrario, todos somos iguales. Estudiosos, considerados, respetuosos. Si dictamos una ley, se acata con sumisión, porque no está hecha para perjudicar a nadie, o si perjudica a unos pocos, beneficia a la mayoría.

»Ese principio educacional nos hizo, cuando supimos la actitud de Ktare, suprimir la natalidad en su punto justo. De haber seguido naciendo niños, éstos no habrían podido desarrollar toda su capacidad y vivir como corresponde a un «uhrseo».

— ¡Pero vosotros hace ya muchos años que no tenéis descendencia! — exclamó Jeant, intuyendo que el peligro estaba más cerca de lo que creía.

— Sí, ya hace más de cincuenta años. No temas, Jeant. Tienes tiempo de elegir a los que deberán acompañarte

— ¿Debo ir yo, pues, con ellos?

— Sí, tú antes que nadie, Jeant. De no haber sido por ti, yo no habría pensado en los hijos de los dioses. Pero ya que llegaste a Uhrsea, y te conocí, comprendí que era lo más justo, puesto que todo

lo que sabemos os lo debemos a vosotros.

— Me apena que no moriré y, en cambio, desaparecerán más de doce millones de «gwampanos». Pero si tú lo crees justo y necesario...

* * *

Pitios estaba vestido de negro, sentado en una silla de lapislázuli. Sus ojos ciegos se volvieron hacia la puerta, donde apareció Jeant, seguido de Veng.

En tomo a Pitios estaban sus hijos y nueras, Abdom, Estrant, la grave Frikdoma y la bella Gret, ésta última muy risueña y contenta de volver a ver allí a su cuñado Jeant.

— Buenas noches, padre — saludó Jeant—. Buenas noches, hermanos. ¿Y vuestros hijos?

— Duermen, Jeant — contestó Gret—. ¿Qué llevas en esa caja?

— Los instrumentos que ha de utilizar Veng para curar a padre.

— Dudo que tu amigo me devuelva la vista, Jeant — habló Pitios —. Pero si lo logra, dile que le daré la mitad de lo que poseo.

— No debes darme nada, Pitios. Haría esto por ti como por cualquier otro, y no importa que tu hijo sea mi amigo. Él me lo ha pedido, yo lo haré.

— ¿Y podré ver?

— Te lo diré dentro de poco. Debes tenderte en el suelo y abrir bien los ojos. Debo examinarlos.

Veng era menos de la mitad de alto que cualquiera de las personas que estaban en la estancia. Subir hasta el rostro de Pitios o hacerle echarse en su blando lecho era un inconveniente. Por eso pidió que el ciego se tendiera en el suelo.

Una vez que Pitios se hubo tendido en el piso azul, Veng pudo arrodillarse junto a su cabeza y abrir la caja que Jeant dejó a su lado, donde llevaba una serie de extraños instrumentos.

Mientras que Veng examinaba al ciego, Gret se acercó a Jeant y le susurró:

— ¿Qué te ha parecido Kramadna? ¿Verdad que es hermosa, Jeant?

— ¿Tu amiga? ¡Ah, sí, muy hermosa!

— Hace muchos años que conozco a Kramadna, Jeant. Desde niñas. Y siempre decíamos que nosotras dos teníamos que ser hermanas.

Jeant miró a su cuñada y sonrió. También Estrant miró a su esposa y la reconvino con la mirada.

— Le estoy hablando de Kramadna, Estrant.

— Por favor, Gret. Esto es serio—replicó Estrant.

Para atajar la discusión, sostenida en voz baja, Jeant se inclinó junto a Veng y su padre.

— ¿Qué has observado, Veng? — preguntó.

— Lo que suponía, Jeant. No es nada de importancia... Claro que se habría quedado siempre ciego. Pero tiene cura. Dentro de unos minutos nos podrá ver a todos... Dame un sensibilizador débil... ¡Sí el negro!

Era un instrumento en forma de lezna, en cuyo mango estaba el fluido sensibilizador que Veng accionó sobre las pupilas del ciego, quien no tardó en parpadear repetidas veces, murmurando, emocionado:

— He visto... como una claridad...

— ¡Tranquilízate, padre! — exclamó Jeant —. Si Veng dice que verás dentro de poco, es porque sabe lo que dice

Veng utilizó después un aparato que iba unido a un vibrador lumínico, con el que estuvo enviando rayos muy débiles a los ojos del ciego, mientras le decía:

— No cierres los ojos, Pitios. Pronto termino.

Los demás estaban inclinados en torno a la figura tendida del padre, casi sin aliento, como si estuviesen presenciando un milagro.

— Thei quemó los ojos de padre — dijo Estrant—. Hace mucho tiempo de esto. La mitad del tiempo transcurrido desde que te fuiste tú, Jeant.

— Ya empieza a ver. Ahora tendrá ojos de hombre joven. ¿Qué edad tienes, Pitios? — preguntó Veng.

— He visto a Thei ciento treinta y nueve veces durante trescientos sesenta y cinco días

— Estás fuerte aún. Podrás seguir viéndole todavía más tiempo, pero no mucho más.

— ¿Volveré a quedar ciego?

— Todos quedaremos ciegos, Pitios — dijo Veng, empezando a recoger sus instrumentos—. La vida se termina en este planeta... Ya te puedes levantar y mirar a tus hijos.

Pitios se puso en pie, parpadeó, y luego, al desaparecer las nieblas de sus pupilas, corrió hacia Jeant y le abrazó con fuerza. Los otros hijos también se abrazaron a él, emocionados.

— ¡Gracias, Jeant! ¡Gracias, Veng! ¡Oh, te daré la mitad de lo que tengo! — exclamaba Pitios, emocionado como un niño.

También Gret abrazó a Jeant, en un arrebato de gozo. Y el joven tuvo la impresión que su cuñada se mostraba demasiado efusiva, por lo que retiró los brazos de Gret de su cuello, sonriendo.

— Cuidado, Gret... No te excedas — dijo.

Estrant agarró a Gret por el brazo derecho y tiró de ella.

— Vamos a nuestro alojamiento, Gret. Es muy tarde y la niña

puede despertar.

Como sorprendida en pecado, Gret bajó la cabeza y salió detrás de su marido. No podía ocultarlo. Quería a Jeant, le quiso siempre, pero, cuando él se marchó, se casó con su hermano.

No había amor en el corazón de aquella hermosa mujer. La ilusión se desvaneció años atrás. Pero se resignaba a vivir con la familia del joven que tanto había amado.

Camino de su alcoba, por un ancho pasillo tenuemente iluminado, Estrant reconvino a su esposa:

— Jeant es mi hermano. Te extralimitas con él.

— ¿Y qué hay de malo? ¿No ha venido con su amigo a devolver la vista a padre? ¡Tú y Abdmon le echasteis desconsiderablemente!

— Jeant ha vuelto convertido en un hombre raro. Sé que has ido a verle a la plaza de la asamblea, con una amiga tuya.

— ¿Me has seguido?

— No, me lo han dicho. Y no me gusta que vayas persiguiendo a mi hermano.

— ¡Déjame en paz! ¡Tienes celos de tu propio hermano!

— Antes de que se fuera Jeant a la milicia, querías casarte con él.

— ¡Oh, de eso hace ya muchos años!

— Pero ha vuelto.

— ¿Y qué?

— ¿Todavía le quieres?

— ¡Qué tonterías dices, Estrant! Olvida eso. Lo que debes hacer es ganarte la simpatía de Jeant. Si lo que dice es cierto, necesitarás su ayuda para salvar tu vida.

— ¡No creo en esos sueños exterminadores! ¡Ktare no puede causarnos ningún daño!

En la alcoba de Pitios, Veng y Jeant comentaban el mismo asunto. El «uhrseo» estaba diciendo:

— Tu vista es importante, Pitios. Pero lo es más la vida de todos los «gwampanos». Sin vida, los ojos de nada sirven.

— ¿Por qué supones que nuestra existencia va a terminar pronto? — inquirió Abdmon seriamente.

— Debéis entender que nosotros hemos conservado y aumentando la ciencia que aprendimos de vuestros antepasados. Si estas cosas no se comprenden, difícilmente se pueden admitir como ciertas.

»Lo sabemos por estudios exactos. La astronomía no tiene secretos para nosotros, como no la tenía, hace miles de años, para vosotros.

»Los cálculos nos han demostrado que Ktare caerá como un enorme proyectil sobre la Tierra. Puede que se destruyan ambos mundos totalmente o que sólo ocurra un espantoso cataclismo. De cualquier modo, será el fin de todos los que vivimos en este planeta.

— ¿El fin? — preguntó Pitios, con voz ahogada.

— Sí, el fin inexorable y fatal. Se habrá cumplido el destino.

— ¿Y moriremos?

— Todos los que quedemos aquí, sí. Pero los que marchen hallarán otros mundos. Oídme, Jeant llegó a Uhrsea hace más de tres años. Entonces se nos ocurrió a los «gwampanos» la enseñanza que nos dieron vuestros antepasados.

«Nos reunimos y acordamos construir grandes naves interplanetarias, donde es posible incluso cultivar plantas y criar animales domésticos, para que una expedición pueda salvarse del cataclismo.

«Hemos construido cuatro de esas grandes naves. No es posible hacer más. En cada una caben, perfectamente, quinientas personas Estudiamos la posibilidad de albergar allí dos mil seres de vuestra raza, cuyas condiciones geneticohereditarias os permiten aclimatar vuestros organismos a unos ambientes que a nosotros nos están vedados.

«Vosotros podéis sobrevivir e, incluso, si la Tierra no se desintegra totalmente, podéis regresar aquí y establecer de nuevo vuestra comunidad.

«Pero hay algo, de lo que ya hablamos Jeant y yo, que es preciso aclarar. Vosotros habéis caído, en el decurso de la historia, en un abandono inexplicable. No tenéis ya espíritu de progreso. Retrocedéis en vez de avanzar.

«Y si habéis de sobrevivir será a condición de estimular en los que emprendan esa expedición un nuevo espíritu de futuro. En estas circunstancias, sabiendo que la muerte aniquilará a todos los que permanezcan aquí, cualquiera daría todo lo que tiene por salvarse.

«No interesan hombres ricos, sino inteligentes y emprendedores Tampoco se pueden elegir ancianos, sino hombres jóvenes y niños, los unos para que dirijan las naves y cuiden del bienestar común; los otros para que crezcan en el nuevo ambiente sideral y puedan tomar el relevo de sus mayores.

— Veng quiere decir que se elegirán parejas casadas y con hijos, además de hombres jóvenes y mujeres jóvenes — aclaró Jeant.

— ¿De modo que me devolvéis la vista para condenarme a morir? — inquirió Pitios, con voz ronca.

— Nosotros no condenamos a nadie, padre. Es la naturaleza la que nos condena. ¿Qué ibas a hacer tú en una nave espacial llena de gente joven?

— ¿Yo? ¡Ir con mis hijos hasta el fin!

Veng miró tristemente a Jeant. Luego habló:

— Los egoísmos deben desaparecer, Pitios. Tal vez, detrás de esta próxima catástrofe, exista un designio divino. Puede ser un castigo por los defectos de los hombres

— ¡Thei no puede castigar a los que le han adorado y servido siempre fielmente!

— Thei no interviene en esto, Pitios — dijo Veng —. De todas formas, es cosa vuestra la de llevar a unos u otros. Nosotros os daremos las cuatro naves. Jeant será el jefe de la expedición. Con que una sola nave llegue a su destino, nuestra misión se habrá cumplido.

»Jeant elegirá a los que deben acompañarle.

Capítulo V

¡CONJURACIÓN!

Kramadna levantó la mirada y vio a Xetnos ante ella, sonriente, resplandeciente con sus valiosas ropas, peinado con esmero, perfumado y mostrando una dentadura blanca y perfecta. Los ojos de Xetnos, empero, expresaban el vicio oculto, la maldad, la traición y la perversión.

— Buenos días, Kramadna ¿No me recuerdas?

La hermosa joven titubeó, cohibida:

— Pues... Sí... Te vi ayer.

— Exacto, hermosa criatura. Ignoraba que existiera en Gwampa una mujer tan bella. Confieso que me has causado una gran impresión... ¿Estás sola?

— Mi padre se encuentra en el almacén. ¿En qué puedo servirte?

— No deseo comprar nada, Kramadna. Sólo hablar contigo. Me gustas y quiero ser tu amigo.

Ruborizándose, Kramadna retrocedió unos pasos. Tuvo la impresión de que Xetnos iba a agarrarla, pero él se limitaba a mirarla de un modo insultante, lujurioso y obsceno

— Eres soltera, ¿verdad?

— Si no deseas comprar nada, es mejor que te vayas — se atrevió a replicar Kramadna.

Sin dejar de sonreír, Xetnos repuso:

— Nadie puede echar a un Sabio de una casa, y menos a Xetnos. Puedo ser dueño de cuanto hay aquí — señaló en torno suyo las estanterías con el calzado y los adornos para los pies—. Todo esto son bagatelas... ¿Cuánto vales tú, hermosa Kramadna?

— No estoy en venta — replicó la joven con altivez.

— ¡Ah, siempre oigo esas mismas palabras! ¡No hay nadie que no tenga precio!

— ¡Grosero, engreído, vicioso, crápula!

— ¡Basta, chiquilla! —replicó Xetnos, muy serio—. Si no sabes con quién estás hablando, será mejor que llames a tu padre.

— Sí que lo llamaré — replicó ella, dando media vuelta y dejando el lugar.

Xetnos se sentó tranquilamente y procedió a sacar un estuche de maquillaje, con el que estuvo arreglándose el rostro, las cejas y los labios.

En aquella refinada actitud le sorprendió la aparición de Agmenton, el padre de Kramadna, que salió del almacén, seguido de

su hija

— ¿Qué quieres, Xetnos? — preguntó el hombre secamente.

— Hola, Agmenton. Conocí ayer a tu hija y me gusta. Quiero que seas benevolente conmigo y me la des.

— ¿Para que sea tu esposa?

— ¡Vamos, Agmenton, no seas ridículo! Kramadna será una perfecta esposa con otro hombre. Le buscaremos un marido honrado. Yo la quiero por una temporada.

— ¡Eres un canalla, Xetnos! —exclamó Agmenton, fuera de sí—. ¡Te has equivocado de casa! ¡Aquí no sirve de nada tu podrido dinero!

— ¿Ni mi influencia, Agmenton? — preguntó cínicamente Xetnos, poniéndose en pie y guardando el estuche bajo su clámide— Piensa en que puedo hablar en la asamblea y demostrar a los Sabios que no eres digno de vivir entre nosotros. La cárcel para toda tu vida...

— ¡Si haces eso, te mataré! —rugió Agmenton.

— No tendrás ocasión. Hazme caso, Agmenton. Lleva esta noche a tu bella hija a mi casa. Nadie lo sabrá nunca. Volverá a ti dentro de algunos días, cargada de dinero. Progresará tu negocio, podrás encontrar esposo para ella... En fin, vas a ganar mucho, amigo mío.

— ¡Puerco miserable! ¡Deberían arrastrarte por las calles después de haberte cortado la lengua y arrancado los ojos! —gritó Kramadna, para luego echarse sobre el mostrador y romper a llorar.

— Hasta la noche, Agmenton — dijo Xetnos, sonriente y dirigiéndose a la puerta.

Salió con gesto altivo, y se dirigió a donde había dejado la «graga», que era la admiración de todos los «gwampanos» que pasaban por allí.

Alguien exclamó:

— Agmenton está de suerte... El Sabio Xetnos compra en su tienda. Eso es señal de que sus suelas son buenas.

* * *

La comisión de sabios se alineó en el vestíbulo. Eran diez. Allí estaban Gonxos y su amigo Krammon. Xetnos no podía faltar tampoco. Jeant y sus hermanos se hallaban de pie, frente a ellos.

— Veng se ha ido — estaba diciendo Jeant—. Volverá con las cuatro naves que están terminando para nosotros. Una vez aquí, crearán un muro que nadie podrá salvar, si no es mostrando un pasaporte que yo extenderé.

»Los hombres y las mujeres que yo elija irán en esas naves. Tengo amigos, ex soldados, como yo, que están reclutando personas por

toda la población.

— Lo sabemos, Jeant — dijo un Sabio—. Por eso hemos venido a verte Es indiscutible que los Sabios hemos de obtener ese pasaporte.

— Lo siento, Quemos. No está en nuestros cálculos que vosotros vayáis en ese viaje.

— ¡Nosotros regimos los destinos de Gwampa! — exclamó Xetnos.

— ¡Podemos hacerte encarcelar, Jeant! —amenazó Gonxos.

— Dejaos de decir tonterías en casa de mi padre — replicó Jeant —. Si el planeta va a morir, yo no tengo la culpa. Si los «uhrseos» confían en mí, yo no puedo traicionarlos. En esas cuatro naves, irán hombres y mujeres jóvenes... ¡Y no hay ninguno entre todos vosotros que tenga menos de cincuenta años! ¡Ni siquiera Xetnos!

El aludido dio un paso adelante.

— Tengo cuarenta y nueve años, Jeant. Además, yo confié en ti. Yo fui a ver a Veng. Creí que estaba aceptado.

— No lo estás, Xetnos. El jefe de esa expedición soy yo. Elegiré hombres y mujeres jóvenes, con ambiciones, que quieran sacar a nuestra raza de la ignorancia en que los hombres como vosotros la habéis sumergido

— ¡Cuidado con tus palabras, Jeant! —amenazó Krammon —. Nadie puede acusarnos.

— Yo no os acuso. El mal viene de mucho tiempo atrás — replicó Jeant, con energía—. Pero no seré yo quien ponga los cimientos de una nueva generación perdida. Los que han de viajar a las estrellas han de ser hombres que juren cumplir los mandatos de nuestros antepasados. No vivimos para el placer únicamente, ni para la molicie y la pereza. Vivimos para perfeccionarnos.

— ¡Eso es retórica pobre! —habló un sabio—. Si los que se queden han de morir y los que se vayan han de vivir, nosotros, que regimos al pueblo, hemos de estar entre los que se vayan. Somos noventa y dos. Los restantes puedes elegirlos donde te plazca, Jeant.

«Sin esa condición, ni tú ni nadie saldrá de Gwampa.

— Hablé con Veng acerca de esa posibilidad — replicó Jeant con calma—. Me dijo que no debía preocuparme por ello. Sus palabras, textualmente, fueron: «No te preocupes, Jeant. Pueden decir o hacer .lo que quieran. Los que tú elijas irán al universo. Ninguno más. Y si alguien intenta coaccionarte, no le hagas caso. Nosotros te ayudaremos».

— Estamos perdiendo el tiempo — dijo Gonxos —. Será mejor que nos marchemos a la asamblea. Hemos de hablar de este asunto. Aunque, a decir verdad, no comparto los temores de Xetnos. No creo que la hermosa y blanca Ktare nos cause ningún daño, ni ahora ni nunca.

«Todo eso no son más que fantasías de un soldado que ha vuelto

para ganar fama entre nosotros con sus hechicerías y sus magias. Nosotros no podemos escuchar a charlatanes.

— ¡Muy bien dicho, Gonxos! — exclamó Krammon—. Vámonos.

Los sabios salieron dignamente. Todos, excepto Xetnos, que se quedó rezagado deliberadamente.

— ¿Tienes algo contra mí, Jeant? ¿No te llevé en mi «graga» a ver a Veng? ¿No te puedo ayudar con mi influencia y dinero a que reúnas las personas y las cosas que necesitaremos en otro mundo? ¿Es que no te acompañé ayer a ver a Ktare y creí en ti?

— No se trata de eso, Xetnos. Hay doce millones de «gwampanos» en esta población. Sólo dos mil pueden ir en las naves. ¿Qué puedo hacer? Mi justicia es tan estricta que ni siquiera mi hermano Abdmon puede venir. ¿Y no sería más justo que viniera mi hermano mayor, que está casado y tiene tres hijos, a que vengas tú, a quien ni siquiera se te conoce mujer legal?

Abdmon, que había permanecido silencioso, aprovechó para decir:

— Frikdoma ha dicho que llevarás a mis hijos.

— No. Sólo vendrán Estrant y Gret, con su hija.

— No quiero ir — replicó Estrant seriamente.

Jeant se volvió a su hermano, sorprendido:

— ¿Por qué, Estrant? ¡Lo hago por tu bien!

— No quiero ir. Y Gret tampoco irá. Vete tú. Sólo has vuelto para causar la desunión entre nosotros.

— ¿Qué dices, Estrant? ¿No he vuelto la vista a padre?

— ¿Y para qué quiere ojos que pronto dejarán de ver?

— ¡Ah, estás resentido porque no puedo llevar a padre! ¿No es eso, Estrant? ¿Quieres que sea tan injusto como nuestros dignos Sabios, que desean ser los primeros en salvarse? ¡Oh, injusticia cruel e inhumana! ¡Es mi familia la que me acusa! ¡Os habéis conjurado para que mi gestión sea de angustia y dolor, de odio y rencilla!

»Padre no es útil ya. Thei debió llevárselo consigo hace tiempo. La aventura que vamos a emprender es para hombres jóvenes y fuertes, que luchen y trabajen por sus hijos y nietos. Tendremos que levantar ciudades. Habremos de estudiar, esforzarnos, combatir, si es preciso contra fuerzas hostiles.

»¿Y vosotros queréis que elija a viejos y charlatanes? ¡Tú eres apto, Jeant, y Gret también! ¿Por qué no quieres venir?

— No deseo dejar… a padre solo—dijo Estrant, por no decir: «No quiero que mi mujer esté contigo».

— Ya ves, Jeant. Tú no quieres que vaya Abdmon y eliges a tu hermano Estrant, pero él no quiere ir. Nadie tiene confianza en ti. ¿Qué será de esa expedición si la has de dirigir tú?

— ¡No te metas en nuestros asuntos familiares, Xetnos! —exclamó

Jeant—. Y será mejor que te marches con los sabios a la asamblea. No podrán decidir nada sin tu presencia. Nosotros arreglaremos nuestras diferencias.

Xetnos, sonriendo con cinismo, salió.

Al quedar solos, Jeant se encaró con su hermano menor.

— Es la vida lo que te ofrezco, Estrant. Tu vida y la de Gret.

— No quiero que me ofrezcas nada, Jeant. No quiero nada tuyo. Quiero que nos dejes en paz.

— ¿Por qué?

Abdmon colocó la mano sobre el hombro de Jeant, diciendo:

— Desde que has vuelto, Estrant ha cambiado. Creo que la razón está en Gret.

— ¿En Gret? — se sorprendió Jeant—. ¿Por qué?

— Ella te quería a ti. Pero, cuando te fuiste, se casó con él. Y eso le mortifica.

— ¡Basta, Abdmon! — exclamó Estrant —. Eso es asunto mío.

Jeant comprendió y la verdad resultó para él como una bofetada.

— Lo siento, Estrant. No llegué a pensar que... Pero te juro por Thei que yo siempre he mirado a Gret como a una hermana. Si hubiese tenido un mal pensamiento, me habría ido.

— ¡Ella lo tiene! ¡Se despertó anoche pronunciando tu nombre! ¡Y han sido muchas las veces que la he oído hablar en sueños, mencionándote! ¡Es capaz de arrastrarte al pecado, porque su pasión por ti puede más que su conciencia!

— ¡No, yo jamás haría...!

Jeant se detuvo al ver aparecer a la mujer objeto de la discusión.

Gret venía de la calle, muy excitada y nerviosa. Al ver allí a su esposo y cuñados, exclamó:

— ¡Tenéis que ayudar a Kramadna! ¡El vicioso Xetnos quiere poseerla! ¡Ha estado en su tienda y...!

Gret se dirigió hacia Jeant, asiéndose a sus ropas, con lo que Estrant sintió de nuevo la punzada de los celos.

— ¿Qué estás diciendo, Gret?

— He ido a ver a Kramadna. La encontré llorando. Xetnos había ido a verla y la insultó desconsideradamente, tratándola como si fuera una ramera de las que venden su cuerpo por unos «dins». Amenazó con hacer encarcelar a Agmenton si no la lleva secretamente a su casa esta noche.

— Xetnos es libidinoso y un crápula, capaz de obtener de los demás todo lo que se proponga — dijo Abdmon—. Si tu amiga Kramadna quiere huir de él, será mejor que se marche fuera de la ciudad, donde Xetnos o sus lacayos no la encuentren.

— ¡Tú puedes ayudarle, Jeant!

— ¿Por qué él? — gritó Estrant, agarrando a Gret y apartándola

violentamente de su hermano—. ¿Es que ella no tiene quien le proteja de Xetnos?

— ¡Oh, Estrant! ¿Qué te pasa?

— ¡Estoy harto de ti! ¡Aquí parece que no hay nadie más que mi hermano Jeant!

— Yo tengo puesta mi fe en él, Estrant.

— ¡Y el corazón!

— No, mi corazón te pertenece a ti. Sólo quería pedir ayuda para mi amiga.

— ¡A la que pareces amar más que a nosotros, incluyendo a tu propia hija!

— ¿Qué estás diciendo, Estrant? ¿Estás loco? ¿Cómo puedes decir eso?

Jeant medió de nuevo, tratando de apaciguar al matrimonio:

— Dejadlo ya. Creo que Estrant está confundido y sus sospechas me causan daño. Yo he sido soldado. Yo tengo la ayuda de los «uhrseos». Por esto, Gret se ha dirigido a mí. Vosotros hablad con el corazón y arreglad vuestras diferencias. Yo ayudare a tu amiga, Gret.

— ¿De veras, Jeant? — preguntó ella, esperanzada.

— Sí. Iré a verla. Su casa está camino de la universidad, donde he de hablar con varios jóvenes estudiantes. Si es preciso, me enfrentaré a Xetnos para que no la moleste.

— ¡Gracias, Jeant; sabía que podía confiar en ti!

Jeant sonrió y dijo a Estrant:

— Id al jardín y sacad de vuestros corazones todo lo que la duda ha depositado en ellos. Estoy seguro de que os entenderéis y querréis aceptar mi proposición. Jamás, óyelo bien, Estrant, tocaría yo un cabello de Gret, siendo tu esposa. Y ella, aunque me ame, piensa del mismo modo. Lo único que desea es buscarme esposa y ha pensado en una bella muchacha, con la que hablaré hoy mismo... La verdad, Gret, es que Kramadna no me desagrada.

En la asamblea general, los componentes del Círculo de Sabios, trataban en aquel momento la cuestión del desacato de Jeant. Era Gonxos quien tenía la palabra y estaba diciendo:

— ¡...y si es preciso, iremos a buscar nuestras espadas envenenadas y le atacaremos en su propia casa!

— ¿Quieres convertir en una ley el asesinato, Gonxos?— se escandalizó otro Sabio.

— ¡Nos ha despreciado, nos ha insultado, nos ha ofendido! ¡Propongo que sea castigado severamente, y la cárcel a perpetuidad no es suficiente, porque estoy seguro de que sus amigos «uhrseos» vendrán con sus magias y lo rescatarán!

»¡Pido que un grupo de nosotros vaya a matarle!

Algunas voces protestaron. Aquello no era justo. Otras apoyaron a

Gonxos. Pero la mayoría permaneció silenciosa.

Y entre la masa del público, alguien se apresuró a marchar, con ánimo de avisar a Jeant.

Urxug, antiguo soldado y ex compañero de Jeant, comprendió que la vida de su amigo estaba en peligro. Corrió velozmente y llegó a tiempo de ver salir a Jeant de su casa.

— ¡Piden tu muerte, Jeant! —exclamó Urxug, jadeando—. ¡Tienes que huir a los bosques! ¡Si te hallan, te matarán! ¡Es Gonxos el que propone eso!

Jeant quedó pensativo unos instantes. Luego dijo:

— Ven conmigo, Urxug. Puedo necesitarte. ¿Dónde están Klatok y los otros?

— Reclutando la gente, como nos has ordenado.

— Bien. Será preciso salir de Gwampa antes de tiempo. Al menos, yo y los más señalados. Vamos, amigo mío.

A buen paso, Jeant y Urxug se dirigieron a la tienda de calzado de Agmenton, que estaba cerrada. Pero Jeant llamó insistentemente, hasta que en el piso superior apareció el padre de Kramadna, preguntando:

— ¿Qué queréis? Hoy está cerrado para la venta.

— Soy Jeant, el hijo de Pitios. Mi cuñada Gret es amiga de tu hija. Yo puedo ayudaros... Ábreme.

— ¡Oh, sí! ¡Aguarda un momento, Jeant!

Agmenton desapareció y no tardó en abrir la puerta de la tienda. Detrás de él, como una gacela asustada, se encontraba Kramadna, con los ojos enrojecidos.

— ¿Te importaría escucharme unos minutos, Agmenton?— preguntó Jeant—. Debo decirte que nuestro mundo se acaba. Estoy reclutando gente joven para viajar en naves espaciales hasta las estrellas. Tu hija podría venir con nosotros.

— ¿Quieres decir que los demás vamos a morir?

— Sí, Agmenton. Lo siento, pero es un designio del Creador. Nada se puede hacer. Sólo pueden salvarse dos mil personas, y yo he decidido que sea gente joven, valientes y animosos, con ganas de iniciar una nueva vida en otro planeta, al que, posiblemente, no lleguemos. Pero llegarán nuestros hijos y la raza se perpetuará.

— Yo no puedo, en tal caso, separarme de mi única hija, Jeant. Debo morir con ella.

— Si la quieres, Agmenton, debes darle esa oportunidad de vivir.

— He cuidado esta flor con todo mimo para entregársela a un hombre honrado que la ame y me dé nietos. Si estamos todos condenados, mi destino es seguir cuidándola hasta el fin, pese a Xetnos y a los...

Las palabras del comerciante se quebraron en un sollozo.

Jeant le animó, empero, diciendo:

— Si crees que soy honrado, Agmenton, yo la haría mi esposa y la llevaría hacia una nueva vida... Así lo desea Gret. Conmigo estará segura.

Capítulo VI

LA IRA DE THEI

Kramadna yacía sobre la fresca hierba, de cara a las estrellas, con su cuerpo ungido de perfumes, bella y maravillosa. A su lado, en un montón, estaban sus ropas de novia, las que había tejido pacientemente durante años, en espera de aquella ocasión.

No se había casado como ella esperaba, pero pertenecía a Jeant. La boda se celebró apresuradamente. Agmenton los bendijo. Luego, acompañados por Urxug, salieron de la ciudad.

Había llegado la noche, y Kramadna sabía que su cuerpo y su alma pertenecían a Jeant desde aquel momento. Por esto se ungió el cuerpo con esencia de «akva», la flor virginal.

En aquel momento, su esposo daba instrucciones a Urxug y pronto regresaría a su lado.

— Vuelve mañana, Urxug. Nos encontrarás por los alrededores — le decía Jeant—. Procura que nadie te siga.

— Sí, Jeant. Seré precavido.

— Dile a mis hermanos que no tengan cuidado por mí, y a Klatok que se apresure en confeccionar las listas. No quiero favoritismos de ninguna clase. El juramento firmado y no más de treinta años.

— Sí, Jeant.

— Nada más, amigo mío. Suerte y hasta mañana.

Se despidieron. Jeant vio la silueta de Urxug perderse en las sombras. Luego, retrocedió hacia el calvero, entre, los árboles gigantes, donde había quedado Kramadna, esperándole.

— Kramadna—llamó suavemente—. ¿Dónde estás?

— Aquí — respondió ella, en las sombras.

Él se acercó. Tenía los ojos habituados a la oscuridad y pudo distinguir el cuerpo que tenía ante sí, con los brazos extendidos hacia él. Aquella visión en sombras le turbó, haciendo que sus piernas temblaran.

— Kra... ¿Estás impaciente? — preguntó, balbuceante.

— Sí, amor mío.

— ¿Cómo es posible que me ames, si nuestra boda ha sido un acuerdo para protegerte?

— Te amo antes de conocerte, Jeant — musitó ella cuando las manos de él asieron sus brazos —. Gret me había hablado mucho de ti. Además, yo te había visto, siendo niña, y te recordaba.

— ¿De veras, Kra?

— Sí... Bésame.

Jeant se inclinó sobre ella y la besó, primero dulce y suavemente. Pero cuando el efluvio de la «akva» le enardeció, sus besos fueron trémulos, apasionados y ardientes.

Kramadna era turbadora vista en la calle, a la luz de Thei, vestida. Pero sobre el tálamo de hierba, en la soledad de los bosques, como una ninfa creada por el embrujo de un hechicero mágico, los sentidos de Jeant se turbaron.

En pocas horas había conocido a la que ahora era su esposa. En pocas horas la amó con tal intensidad y fuerza, como si el universo entero fuese a concluir segundos después.

Ciego y enardecido, Jeant pasó de los besos a la posesión, y la maravillosa gloria del amor más intenso y sublime le hizo olvidar hasta los peligros que se cernían sobre ellos, tanto en los bosques como en la población, donde los conjurados le buscaban, armados con espadas envenenadas, para matarle donde le encontrasen.

Ktara asomó por entre los árboles. Los ojos de Kramadna, extraviados, le miraron muy de cerca, musitando frases incoherentes, que él no podía percibir ya, enajenados los sentidos por el placer.

Y la segunda luna pasó sobre ellos, silenciosa y misteriosa, como recreándose, gozosa, en la contemplación del amor, fruto de la creación, y bendiciendo la unión de los esposos.

A la mañana siguiente, se bañaron juntos en las aguas cristalinas del remanso. Allí les saludó Thei, gloriosamente, al filtrarse sus rayos por entre las altas copas.

Se abrazaron muchas veces, sin timidez ni vergüenza. Se amaban, eran el uno para el otro. Sus corazones latían al unísono, como si siempre hubiesen latido juntos.

— ¡Tengo que contárselo a Gret! —exclamó Kramadna—. Debo decirle que soy la mujer más feliz del mundo... ¿Por qué te querré tanto, Jeant? ¿Sabes lo que me ocurrió, cuando te vi llegar ayer a la tienda?

— ¿Qué? — preguntó él.

— Tuve más miedo que cuando, horas antes, me visitó Xetnos.

—¿Sí?

— Había contado a Gret mis tribulaciones. Ella me aseguró que iría a pedirte ayuda. Me dijo que tu amigo, el hombre amarillo y pequeño, posee medios extraordinarios para conseguir todo lo que se propone y que, durante la noche, había hecho recobrar la vista a tu padre.

Abrazando a su esposa, Jeant dijo:

— Veng se ha marchado. Ahora debe estar con sus hermanos trabajando en la preparación de las naves que nos llevarán al cosmos.

— ¿Tú no temes a Xetnos?

— No.

— ¿Y si apareciera aquí, en estos momentos?

— Le haría huir. Lucharía por ti hasta vencerle.

— ¡Eres fuerte, Jeant; fuerte y valiente! ¡Te adoro! ¡Te adoraré siempre!

Él la besó con fuerza. Sus cuerpos se unieron una vez más, dentro del agua fresca y limpia. Luego, se sumergieron en un agitado chapoteo de espuma y risas, para salir corriendo del agua y tenderse en la orilla, en un claro iluminado por el sol.

— ¿Eres feliz, Kra?

— ¡Inmensamente feliz! Pero cuando pienso que este hermoso mundo ha de desaparecer… ¿No pueden los «uhrseos» estar equivocados, Jeant?

— No.

— ¿Y mi padre debe morir inexorablemente?

— Si. Junto con todos los demás.

— ¡Oh, eso me entristece! ¿Cómo será el fin?

— Veng supone que ocurrirá un gran cataclismo, donde el fuego lo invadirá todo, evaporando las aguas, reventando la corteza y haciendo brotar rocas incandescentes del interior de la tierra.

»Habrá una gran explosión, a consecuencia de la cual perecerán todos los seres del mundo, todos los animales…

— ¡Oh, qué horrible, Jeant! —exclamó ella, echándole los brazos al cuello—. ¿Y sólo nosotros nos salvaremos?

— Sí. Podremos ver la hecatombe desde el curso de Thei.

Kramadna se echó a llorar, estremecida. Jeant tuvo que consolarla, diciéndole dulcemente:

— No llores, amor mío. Ése es el destino contra el que nada podemos hacer. Hubiera sido mejor ignorarlo, pero los que hemos de partir tenemos que conocer el motivo. Hay que dejarlo todo aquí y empezar de nuevo en otro mundo, al cual no sabemos cuándo llegaremos.

»No se puede ser débil ahora. Hay que ser fuerte y tener deseos de vivir, como los tengo yo.

— Sí, yo también deseo vivir, Jeant… ¡Quiero vivir contigo y no separarme jamás de tu lado!

— Nuestro primer hijo nacerá camino de las estrellas, Kra… Y se llamará Veng.

— Como tú quieras.

— Ahora, vamos a vestimos. Urxug puede venir de un momento a otro con noticias. Vamos, amor mío.

Se pusieron en pie y echaron a correr entre la hierba, hacia el lugar donde habían dejado sus ropas.

* * *

Al escuchar la voz de Urxug, Jeant se levantó y dijo a Kramadna:

— Quédate aquí. Yo saldré a recibirle.

— Sí, Jeant.

Él la besó y se fue hacia donde había sonado la voz del enlace, al que descubrió, entre los gruesos troncos, mirando a su alrededor.

— Aquí, Urxug.

El otro se volvió y corrió hacia él.

— ¡Oh, Jeant, traigo malas noticias! ¡Anoche ocurrieron cosas trágicas en Gwampa! ¿Y Kramadna?

— Está allí.

— ¿Puede oímos? — preguntó Urxug, bajando la voz.

— ¿Qué ocurre, amigo mío?

— Su padre... Agmenton... fue muerto por los sicarios de Xetnos... Le atacaron cuando regresaba de tu casa, donde estuvo celebrando tu boda. Le hundieron más de veinte espadas en el cuerpo. Pero también te buscaban a ti. Quisieron entrar en tu casa. Tu hermano Abdmon reunió a un grupo de amigos y se dispusieron a defenderse.

— ¡Maldito Xetnos!

— ¡Te buscan, Jeant! ¡Toda la ciudad está revuelta esta mañana! ¡Xetnos ha dicho que dará muchos «dins» a quien te encuentre!

Jeant quedó silencioso. Luego preguntó:

— ¿Te han seguido, Urxug?

— No. Estoy seguro. Hablé con Klatok y me dijo que cuenta ya con muchos jóvenes que quieren venir a reunirse contigo.

— No, todavía no, Urxug. Hemos de esperar a que regrese Veng con las naves. Tienes que estar muy atento... ¡Pobre Agmenton!... Si se lo digo a Kra... ¿Y mis hermanos no van a vengar a mi suegro?

— No lo sé. No he hablado con ellos. Te repito, Jeant; hay demasiadas espadas por las calles de Gwampa. Se dice que debes morir. Nadie está conforme en que sólo se salven dos mil personas y que perezcan los demás.

— ¿Y yo qué puedo hacer, Urxug? ¡Que me ilumine Thei! ¿Qué quieres que haga? Es preferible que se salven unos cuantos a que muramos todos, sin remisión, y que desaparezca totalmente nuestra raza.

— Klatok quería venir a verte, Jeant. Le dije que no podía hacerlo. Pero me aseguró que está dispuesto a organizar un ejército y aplastar a Xetnos y a todos los Sabios.

— ¡Hemos de evitarlo, Urxug!

— ¿Y permitir que, en su furia y desesperación, cometan los desmanes que quieran, matando y ultrajando? El caos empieza a extenderse por todas partes. Por eso, y con ese pretexto, han sacado las espadas a la calle.

»Reina el desorden. Hay muchos parias y desheredados de los suburbios que se han enterado del próximo fin de la Humanidad. No quieren morir, desde luego. Pero si han de hacerlo, si han de quedar fulminados, lucharán para salvarse y tratarán de apoderarse de las naves.

— Eso está previsto, Urxug. Veng me informó que utilizarán unas máquinas para inmovilizar a los desesperados, cuando tengamos que embarcar nosotros.

»Lo malo es si se precipitan los acontecimientos y empieza a correr la sangre. No sé qué decirte. Casi sería mejor reunir a nuestros seguidores y ocultarnos en lugares apartados. Pero temo que nos sigan a donde vayamos.

»Lo mejor que pueden hacer, en estos momentos, es permanecer al margen, sin mezclarse en nada de lo que ocurra, y sin decir que están elegidos por nosotros para embarcar. El que lo diga se expone a ser muerto.

— Sí. Todos callarán, desde luego.

— Deben hacerlo. Hemos de esperar. Y, desde luego, quiero que se forme un pequeño cuerpo, no más de cien, dispuestos a intervenir en cuanto lo consideremos oportuno. Todos han de ser ex militares... Tengo el deber de proteger a mi familia. Xetnos tratará de averiguar dónde estoy y pretenderá que mis hermanos se lo digan. No sé hasta dónde podrán resistir Abdmon y Estrant. Ve a verlos, con cautela. Si crees que corren peligro, los traes aquí esta noche.

»Y que Klatok organice esa tropa, entre los mejores. Todos deben tener sus armas. Atajaremos a Xetnos y, si es preciso, combatiremos a los Sabios...

— ¡Eso es muy peligroso, Jeant! —prorrumpió Urxug—. Sucede que mucha gente empieza a estar enterada de la catástrofe predicha por Veng y tú. El pánico se extiende. Y hasta he oído decir que no habéis obrado con acierto al informar públicamente del asunto.

Jeant miró con fijeza a su amigo.

— Veng me habló de eso. Sabía que se producida el pánico. Eso es lógico en la condición humana.

— ¿Es que pretendía que así fuera? — se extrañó Urxug.

— Sí — confesó Jeant.

— ¿Por qué, Jeant? ¿Por qué? ¡Eso es una locura!

— ¿Es que la destrucción del mundo no es una locura? Más que locura, dijo Veng, será una catástrofe sin precedentes... ¡Será el fin! Si nosotros nos callamos y no decimos nada, la muerte se habría abatido de súbito, acabando con todos.

»Pero no podíamos callamos, porque unos cuantos podían salvarse. Dos mil seres tienen la oportunidad de vivir en otro mundo. Ésa fue la razón que indujo a Veng a realizar las cosas de ese modo.

— »¿Crees posible que dos mil «gwampanos» guarden un secreto, en el que están involucradas las vidas de sus mismos parientes y amigos? No, alguien hablaría. El efecto sería el mismo.

»Pero hay más que Veng me expuso. Quizá la razón más importante de todas. Hemos olvidado los deberes sagrados. El alma existe, Urxug. Y el alma no puede morir, pero sí condenarse.

»Los «gwampanos» tenían fe en Thei. Conocían la leyenda de At, que nadie respeta, porque nuestras costumbres se han relajado. Sólo los ancianos, que ven acercarse el momento final, imploran, son piadosos y socorren a sus semejantes, cuando han vivido toda su existencia en el vicio y la impiedad.

»At nos pedirá cuentas en el más allá de los espíritus, Urxug. Veng lo sabe. At existe y su tribunal es inflexible.

»Sin embargo, los hombres pueden salvar sus almas ahora. Sólo tienen que acatar con sumisión el destino impuesto, aceptar el veredicto de Thei y morir con la conciencia limpia.

»Veng es más sabio de lo que nosotros creemos. Entiéndelo, Urxug. Thei no nos condenaría a morir por capricho, sin advertimos. Él nos hizo, él nos deshace. Es su ley inmutable. Tal vez ante At comprendamos las razones de esa inexplicable ley.

»Te diré algo más. Esto me lo contó, en Uhrsea, uno de los amigos de Veng. Dijo que en una región del este, hay una tribu de hombres depravados e impíos. Entre ellos, existe una familia que lleva mucho tiempo construyendo una gran nave, en la que han recogido animales de todas las especies.

»El amigo de Veng fue a verlo y le preguntó por qué hacía aquello. La respuesta fue: «Recibí un mensaje de At. Me dijeron que hiciera esto porque el mundo va a terminarse. Vendrán lluvias interminables y la tierra se cubrirá de agua. La barca que hemos construido mis hijos y yo, flotará. Los animales que hemos recogido por parejas, de todas las especies, podrán vivir cuando terminen las aguas».

— ¿Y qué significa eso, Jeant? — preguntó Urxug, sorprendido—. ¿No contradice eso a Veng, que profetiza el exterminio total?

— Veng no está seguro de que sea el fin. Lo cree científicamente. Su teoría se basa en cálculos matemáticos. Ktare se desplomará sobre nosotros. En el violentísimo choque, este planeta tiene que destruirse.

»Pero Veng no está seguro de la destrucción total, porque no conoce el futuro. Sabe que será una gran catástrofe, nada más. Y quiere que algunos de nosotros nos salvemos. ¿Lo entiendes? Ellos no quieren seguir viviendo. Saben que morirán y han salvado sus conciencias.

— ¿Y desean que nosotros salvemos las nuestras, porque la conciencia está relacionada con el alma?

— Exactamente, Urxug. Tenemos tiempo. No sé cuánto, pero lo tenemos. Veng sabe el momento exacto del cataclismo. Es lo único que no me ha dicho. Pero no fallarán y vendrán a tiempo.

«Nosotros, mientras tanto, hemos de preparar los viajes... ¡El nuestro, a la vida; y el de los otros, a la muerte!

— Entiendo. Veng es sabio y prudente. Los hombres que han de morir deben pensar en la leyenda de At, invocar el perdón a Thei y redimirse. Pero no acabo de comprender lo de la barca que flotará, con parejas de animales a bordo. ¿Qué te quiso decir con ello el amigo de Veng?

— Me dijo que, tal vez, el mundo no sea destruido totalmente. Aunque el mensaje de Noah bien pudo ser un sueño precognitivo. Hay fenómenos que el hombre no comprende bien.

— ¿Sabía aquel hombre cuando iba a empezar la lluvia?

— No. En realidad, Veng no cree en esa historia. Dice que no habrá lluvia, sino fuego. Se producirá un choque entre dos cuerpos celestes. Eso no puede provocar lluvia, sino fuego;

— Sí, claro... Como cuando un meteorito cruza el cielo, que se incendia.

— Exactamente... ¡Kramadna!—Jeant se detuvo al ver surgir a su esposa, de detrás de un grueso tronco de árbol —. ¿No te dije que permanecieras allí escondida?

Kramadna, con su vestido nupcial y la cabeza baja, avanzó unos pasos:

— Lo siento, amado mío. Tardabas y me he acercado... No he podido evitar el escuchar tus palabras.

Jeant sonrió y se acercó a ella, para abrazarla.

— No debía verte nadie. Pero no importa. Urxug es de confianza, aparte de que la situación que vivimos es difícil.

— Quiero decirte algo, Jeant... Yo también tuve un sueño, hace días... Está relacionado con lo que has contado... Yo también vi una enorme cortina de agua, que caía sobre la tierra... ¡Y vi crecer las aguas hasta cubrir enteramente el mundo!

— ¿Lo soñaste, Kra? ¿Cuándo?

— Una noche. Gret me había hablado de ti aquel día. Yo estaba emocionada. Me dijo que sería tu esposa cuando volvieras. Y soñé contigo. Vi este mismo bosque, estos árboles, el río... ¡Y luego, no sé cómo, el agua empezó a caer de un cielo negro y oscuro como la noche!

Urxug estaba con la boca abierta, escuchando a Kramadna.

¿Acabaría el planeta con fuego o con agua?

Capítulo VII

ERA ÚLTIMA

Ektos y sus correligionarios, armados con espadas y armas viejas y extrañas, rodearon a Klatok y a los cuatro estudiantes que iban con él.

Eran más de veinte contra cinco. Pese a esto, uno de los estudiantes, aulló:

— ¡No les temáis! ¡lucharemos contra esos bellacos!

El valiente muchacho no habló más. Uno de los que estaban junto al criado de Xetnos utilizó el objeto metálico que empuñaba, del que surgió como un hilo de fuego intenso que alcanzó al estudiante en el pecho, quemando sus ropas y su carne.

Con un aullido que pareció extenderse por toda la ciudad, el muchacho se desplomó, quedando boca abajo sobre un charco inmenso de sangre que ensució el lapislázuli de las baldosas de la calle.

Klatok, pese a no ser cobarde, se abstuvo de luchar.

— ¡Asesinos! ¡La ira de Thei caerá sobre vosotros!

— Thei se está riendo — contestó Ektos, señalando al Sol —. Estamos descubriendo a los traidores «gwampanos». Nos envían los sabios de Gwampa. Vosotros sois traidores, vendidos a nuestros enemigos, Y debéis comparecer ante los Sabios.

— Llevadnos, pues. Y el Círculo sabrá que empleáis armas jamás vistas, para matar en plena calle, sin derecho ni ley.

— Alguien nos ha dicho que tú eres Klatok, antiguo soldado. ¿Es cierto? — preguntó Ektos.

— Sí, soy Klatok.

— Pues si no quieres correr la suerte de tu compañero, ven con nosotros a ver a Xetnos, que ha sido nombrado juez absoluto para sentenciar y castigar a los traidores.

— ¡Nosotros no somos traidores! —Klatok se defendió con energía.

— ¡Vamos, caminando! —exigió Ektos—. Tenemos órdenes de acabar con vosotros si no obedecéis.

Era inútil resistirse a las espadas pintadas con veneno verde, y menos al objeto metálico y aniquilador, posiblemente extraído de algún museo histórico.

Las gentes asustadas que atisbaban desde puertas y ventanas vieron al grupo alejarse, llevándose a los cuatro cautivos. Del muerto no se ocupó nadie.

La muerte y la violencia empezaban a adueñarse de las interminables calles de Gwampa, donde la rebelión tomaba cuerpo en los suburbios, al tenerse noticias de que el mundo iba a morir. Los parias no querían morir sin gozar de las pertenencias de los opulentos, cuyas mansiones asaltaban, destruyendo cuando encontraban a su paso, violando a las mujeres y maltratando a los niños.

Eran grupos frenéticos que pagaban con sus vidas la desesperación, porque muchos adinerados se habían reunido y armado y se defendían con ahínco, como hicieron los hermanos de Jeant y sus vecinos, tomando a los sicarios de Xetnos por hordas incontroladas.

A consecuencias de aquellos sangrientos desmanes, casi todos se habían escondido en sus casas, tras tapiar puertas y ventanas.

Pero Gwampa era una ciudad de más de doce millones de habitantes, extensa y dilatada, donde podían ocurrir infinidad de hechos.

Por ejemplo, en otra parte de la ciudad, había quien intuía el fin de una raza y optaba por implorar el perdón de los dioses, rogando a Thei que tuviese piedad de ellos.

Otros, aterrados, optaron por lanzarse a la calle, exclamando:

— ¡Vamos al templo de Thei! ¡Hay que suplicarle piedad para todos! ¡No puede aniquilamos como si fuésemos insectos!

Muchos obedecieron esta invocación, dirigiéndose a donde se alzaba el enorme y maravilloso templo de Thei, cuyos sumos sacerdotes jamás habían visto una muchedumbre tan grande de devotos.

Pero Xetnos, el rico y poderoso Sabio, no pensaba en la salvación de su espíritu, sino en la de su cuerpo. No quería morir, sino vivir, aunque para ello tuviese que matar. Había comprendido que Veng no estaba equivocado. Alguien capaz de pilotar una nave, en pocas horas, hasta la misma Ktare, debía poseer conocimientos superiores y saber lo que decía.

Xetnos confiaba demasiado en su gran poder, como hombre adinerado e influyente. No creyó que Jeant pudiera decirle lo que le dijo, y menos desafiarle hasta el extremo de huir con Kramadna.

Todo aquello era insufrible para él.

Por esto ordenó a sus criados que tomasen venganza del comerciante de suelas, Agmenton, por no haberle llevado a Kramadna a su casa cuando él dijo.

Su criado Ektos le obedecía ciegamente, haciendo todo lo que él ordenaba. Y le ordenó contratar hombres para su causa.

»—Escúchame bien, Ektos — le había dicho Xetnos —. Ahora no se trata de un capricho, más o menos pasajero. Quiero a esa mujer.

Hay que encontrarla, quitársela a Jeant y traérmela.

»Pero hay más, criado fiel. Sé que este mundo está expirando... Se acaba, y nosotros hemos de morir con él, si no encontramos el modo de salir de aquí.

»Ese modo existe. Hay gente que lo tiene todo dispuesto para abandonar el planeta antes de producirse el cataclismo. Y sé positivamente que lo habrá, porque he hablado con gente pequeña y sabía que ha devuelto la vista a un ciego.

«Sírveme bien, Ektos, y te prometo que vendrás conmigo. Estoy dispuesto a gastar hasta el último «din» en esta empresa. Ese bastardo de Jeant, hijo de Pitios, no quiere contar conmigo y le pesará.

»Tienes que buscarlo en los lugares donde se reúne la gente joven. No digas nada a nadie, como si el mundo y la riqueza hubiesen de continuar siempre. Hay muchos, muchísimos, que ignoran lo que ocurre. Ofrece lo que quieras, pero entérate de dónde está Jeant.

Ektos ofreció dinero a manos llenas. Y se enteró de todo. Había una mansión de vicio cerca de la universidad vieja. Allí, pródigo y dadivoso, halló, no sólo información, sino ayuda.

Un pésimo estudiante, llamado Mirto, con más de quince años asistiendo a los cursos, sin aprovechamiento alguno, porque amaba más la ociosidad y el vicio que la docencia, se ofreció a Ektos por un puñado de monedas, y por otra razón que expuso luego así: «Klatok dijo que yo no era apto para ir con ellos... ¡Quiere jóvenes imbéciles; vaya usted a saber con qué inconfesables motivos!».

Mirto habló de Urxug y Klatok, dos soldados licenciados, que merodeaban buscando gente joven y aprovechable, según decía. Les ofrecían la vida, en otro mundo, en número reducido. Antes, empero, debían firmar un escrito en papel de corteza de abedul tratado químicamente.

— Han de jurar obediencia ciega, fe absoluta y docilidad bestial y sumisa a Jeant, el hijo de Pitios. No importa lo que éste haga, diga o piense; los que firman; como borregos, han de prestarle acatamiento.

»A cambio, les ofrece vivir a bordo de naves que vendrán a buscarles, desde no sé qué región, para llevarlos a otro planeta. Aseguran que Gwampa está condenada y que nuestros días están contados... ¡Bah! ¿Qué saben esos necios? ¡Soldadesca, aventureros, inconformistas estúpidos e ignorantes!

»La vida es esta, Ektos. Dinero, licor, polvo amarillo y mujeres jóvenes y hermosas. Luego... ¡carroña para Thei! Yo entiendo bien esto, Ektos. Tú tienes dinero; pues yo soy tu amigo. No lo tienes, te lo ofrezco— Mirto estaba casi siempre bajo la influencia de las drogas alucinógenas, ebrio o enloquecido—. ¿Qué saben esos hijos de su ignorante madre? Te diré algo, Ektos. Si yo quisiera ser el amo de Gwampa, lo sería. Poseo lo que no posee nadie.

«Tengo un arma que dispara rayos de luz, con la que puedo hasta fundir las paredes, los suelos y los techos, cuanto más la cabeza de un estúpido. Tiene más de cinco mil años y estaba en el sótano de la universidad. Nadie sabía lo que era ni para qué servía. ¿Qué van a saber en ese antro de locos ignorantes?

«Unas amigas y yo nos metimos allí una noche, a besarnos, y nos encontramos con aquello. El polvo lo había cubierto. Le dije a Mille:

¡Te mato, querida!». No sé lo que hice, pero salió la luz de fuego de aquel objeto y Mille cayó, muerta, con las ropas quemadas, perforado el cuerpo… ¡Huí de allí, como loco! Mis amigas estaban todas inconscientes, tiradas por el suelo, y ninguna se percató de nada.

«Luego, al recobrar la lucidez, después de varios días de sueño, volví al sótano. Mille continuaba allí. Ya olía mal. Nadie supo lo ocurrido. Nadie quiso averiguar nada.

«Pero el objeto lo tengo yo. Y he averiguado que se trata de un arma extraña y antigua, con la que puedo hacerme dueño de Gwampa.

* * *

Xetnos se había vuelto prudente. Para recibir a extraños, se situaba detrás de un muro transparente, por cuya parte superior podía pasar la voz.

No se fiaba ni de los hombres contratados por Ektos, a los que consideraba criminales de la peor especie. Y, desde luego, no pensaba, ni por error, irse con aquellos individuos fuera de la Tierra, si es que lograba apoderarse de las naves que preparaban los «uhrseos».

Klatok y sus compañeros, conducidos por Ektos y su pandilla, fueron llevados a la sala doble, tras cuyo cristal irrompible se encontraba Xetnos, ataviado con un peto de liviano metal indestructible.

Primero, Ektos habló a solas con su amo. Luego, éste hizo comparecer a los detenidos, tras los que se situó la escolta. Con el «desmaterializador fotónico», Mirto también formaba parte de la escolta.

— ¿Dónde está Jeant? — preguntó Xetnos.

— No lo sé.

— ¡Mientes! — rugió Xetnos —. Sabemos que estás reclutando gente joven para formar parte de una expedición de desertores y traidores. ¡Tú sabes dónde está escondido ese cobarde!

— Jeant no es ningún cobarde — se apresuró a replicar Klatok.

— ¡Cobarde, traidor, desleal, embustero, falso y miserable!—gritó Xetnos—. Todo lo que cuenta es mentira, y el Círculo de Sabios me ha nombrado juez para averiguar la verdad de su felonía. Tengo pruebas de que intenta vendernos a los «uhrseos». Yo mismo he hablado con uno de ellos y conozco la trampa que nos preparan, haciéndonos creer en una hecatombe, para llevarse a nuestros hombres y dejamos imposibilidades ante sus máquinas.

»Son los «uhrseos» los que nos amenazan, no Thei. Nos envidian, nos temen y anhelan dominarnos con engaños. Ellos capturaron a Jeant, el hijo de Pidos. Le tuvieron mucho tiempo en sus ciudades, allá en Oriente, esclavizándole hasta someter su voluntad y su mente.

«Luego, le hicieron venir aquí a impresionamos. La noticia ha corrido ya por Gwampa y los pobres se han lanzado a la rapiña, al saqueo y al expolio. La lucha nos divide. ¿Os dais cuenta?

»Eso es lo que pretenden los «uhrseos». Primero, que nos aniquilemos entre nosotros. Luego, vendrán ellos y nos someterán del todo, porque entre los jóvenes que pretende llevarse Jeant y nuestra desunión habremos quedado sin fuerza.

Incluso Klatok quedó confundido al escuchar aquellas palabras.

Mas Xetnos no había concluido:

— Os voy a demostrar la maldad de Jeant. Yo iba a desposarme con una hermosa criatura. Ya empiezo a no sentirme joven y necesito tranquilidad y reposo.

»Elegí a Kramadna, la hija de Agmenton. Ese Jeant la vio el otro día, en la plaza de la asamblea, y se encaprichó de ella. Le dije que era mi prometida y que nos íbamos a casar. ¿Y sabéis lo que hizo?

»Pues la raptó, con ayuda de sus hermanos. Mataron al padre de mi prometida, utilizando espadas envenenadas, y se llevaron a Kramadna a algún lugar secreto.

»¿Hace eso un hombre justo y honrado? ¿No tengo derecho a saber dónde está, para vengar la afrenta? ¡Pedí ser nombrado juez contra él, y los Sabios me lo han concedido!

»Yo no sé aún la verdad de todo lo que ocurre. Trato de averiguarla con los medios que la ley y la justicia ponen a mi alcance y a mi dignidad. Yo represento el orden y la verdad; él, Jeant, hijo de Pitios, es la falsedad y la traición. Y es traidor aquél que le secunda y le ayuda, porque si creéis en él, os miente.

Xetnos estaba desmoronando totalmente la fe de

Klatok, quien se debatía en dudas y temores. Pero encontró energías para decir la verdad:

— Te juro, Xetnos, que ignoro dónde se encuentra Jeant. Pero es cierto que me confió contratar hombres jóvenes, con objeto de abandonar Gwampa antes de que se produzca la caída de Ktare.

— ¿Ves cómo tú también eres su víctima? ¡Él se esconde, mientras

tú le defiendes y proteges!

— Yo creí... Creo que Jeant es honesto.

— ¡Los que están de parte de los enemigos de la verdad son tan traidores como ellos! ¡Y tengo facultad para encarcelarte para toda la vida! —aulló Xetnos—. ¡Y más aún! ¡Si se prueba tu culpabilidad, cosa que tú mismo reconoces, puedo ordenar tu ejecución y muerte!

— Te juro que no quiero hacer daño a nadie, Xetnos. Me encargó reclutar hombres jóvenes, y éstos te lo pueden decir. Yo mismo hube de firmar el documento que puedo mostrarte. Jeant es nuestro jefe indiscutible y absoluto. Él nos llevará al firmamento, pero hemos de obedecerle sin rechistar.

— ¿Te das cuenta? — exclamó Xetnos con gesto triunfal—. Y necios de vosotros, habéis firmado ese documento, haciéndoos cómplices de él.

— Si Gwampa ha de desaparecer, justo es que nuestra raza sobreviva, aunque sea fuera de este mundo.

— ¡Gwampa desaparecerá, si dejamos que nos invadan los «uhrseos»! — replicó Xetnos —. Pero si nos defendemos con todas nuestras fuerzas, venceremos de las argucias que nos preparan.

»Dime dónde está Jeant y serás recompensado con dos mil «dins».

— De verdad... No lo sé. Me dijo Urxug que se casó con Kramadna y se fue a los bosques.

— ¿Está oculto en los bosques?

— Sí.

— ¿Dónde? ¿En qué lugar? ¡Alguien tiene que saberlo, para ir a informarle de lo que ocurre aquí!

— Sí — admitió Klatok, vencido ya por las dudas —. Se trata de Urxug, un amigo nuestro, licenciado también de la milicia. Él hace de mensajero entre Jeant y yo. Sólo él sabe dónde se encuentra.

— ¿Y sabes dónde está ese Urxug? — inquirió Xetnos.

— Tengo que verlo al ponerse Thei, en una casa de licores, de la orilla izquierda del Hoolt, junto al puente Vak. Él me traerá las órdenes de Jeant y yo le informaré de lo que ocurre entre nosotros.

Xetnos sonrió maliciosamente.

— Si eso que me has dicho es cierto, recibirás los dos mil «dins».

— No quiero el dinero, Xetnos. Quiero saber la verdad. Hay muchos jóvenes que confían en mí y no quisiera haberlos engañado. Si lo que Jeant dice es cierto, que lo mantenga delante de la ley, con la cabeza alta, sin ocultarse.

— Cierto, Klatok. Por eso, esta noche iremos a buscar a tu amigo. Le prenderemos y él nos tendrá que conducir delante de Jeant. De momento, vosotros os quedaréis aquí. La ciudad está muy revuelta estos días.

»Ektos, atiende a nuestros huéspedes como se merecen. Dales de

comer y de beber de lo mejor de nuestra despensa. Y que se vigile la calle. No quiero que las hordas desesperadas nos ataquen.

* * *

Urxug fue capturado aquella noche. Esperaba a Klatok y, de pronto, se vio rodeado de espadas y rostros amenazadores. No pudo oponer resistencia alguna.

En la «graga» de Xetnos fue conducido a casa de éste, encerrado en un sótano y allí interrogado sólo en presencia de cuatro sicarios de confianza de Xetnos.

Urxug, empero, no era tan débil como Klatok. Se negó a decir nada, y menos a delatar a su jefe y amigo, y prefirió la muerte antes de revelar dónde se escondía Jeant.

Pero Xetnos no estaba dispuesto a matar al único hombre que sabía dónde se encontraba Jeant; así que dispuso:

— Ektos, quiero que ese hombre hable. Arréglatelas como quieras. Tiene que hablar, ¿me entiendes? ¡Pero si le matas, te haré matar a ti!

Ektos, atribulado, confió sus preocupaciones a Mirto, que se había convertido en un excelente colaborador.

— ¡Bah, no te preocupes, Ektos! Déjalo de mi cuenta. Primero llevaremos a Urxug a una sala donde nadie pueda oír sus lamentos.

— Tengo un sótano ideal para eso, Mirto.

— Pues vamos allá.

Urxug, atadas las manos y los pies con cadenas de un metal llamado «ezke», blanco, duro, maleable, fue conducido al sótano por Mirto. Ektos y dos criados más.

Una vez allí, Mirto encendió un brasero e introdujo en él dos varillas azules, que el fuego puso al rojo en pocos minutos.

— ¿Sabes lo que es esto, Urxug? — le preguntó Mirto—. Es metal candente. Vamos a quemarte la piel. Primero será dolor. Luego, saldrán ampollas. Todo tu cuerpo quedará cubierto de dolorosas señales, cuyo padecimiento te durará muchos días.

Urxug, blanco como la cera, apretó los labios. Estaba dispuesto a morir, si llegaba el caso, antes de revelar dónde se encontraba Jeant.

Pero Mirto, con sadismo infinito, empezó por aplicar la varilla al rojo blanco en la cara del cautivo, primero en la mejilla derecha, con lo que Urxug aulló de dolor y terror, al sentir el olor de su propia carne al quemarse.

Pese a esto, Urxug no quiso hablar. Insultó a Mirto de mil maneras, ganándose nuevas y más dolorosas quemaduras.

Al fin, con el cuello y el pecho cicatrizado, oliendo el sótano a

carne quemada, la resistencia de Urxug fue vencida por el dolor y gritó:

— ¡Basta…! ¡Ya no más! ¡No puedo resistirlo! ¡No, no!

— ¿Vas a decimos dónde están Jeant y Kramadna?

— ¡Sí, pero no me torturéis más!

— ¿Dónde están? — preguntó Ektos. Y el infeliz lo dijo.

Capítulo VIII

LA QUIMERA

Xetnos, sentado detrás de su mesa de metal blanco y brillante, leyó el juramento de los Elegidos por Thei — como Jeant hizo llamar a los dos mil «gwampanos» que deberían acompañarle a las estrellas — y contó las listas de los estudiantes y jóvenes que debían acudir a la llamada de Veng.

— No está completa — dijo a Ektos, que estaba de pie ante él —. Pero has hecho una buena labor, amigo mío. Y debo felicitarte. ¿Qué noticias hay por la ciudad?

— ¡Son aterradoras, señor! ¡El pánico lo desborda todo! ¡En el templo de Thei se sacrifican a mujeres y niños para aplacar la ira del dios!

— ¿Se hacen sacrificios? — se asombró Xetnos.

— Sí, yo mismo lo he visto con mis ojos. Han encendido una gran hoguera con maderas olorosas y las gentes, ciegas, se lanzan al fuego, mientras los sumos sacerdotes invocan a Thei para que tenga piedad de nosotros.

— ¡Eso es un error! ¡Esos imbéciles no han debido decir que la tierra va a sufrir un cataclismo!

— Hay mucha gente encerrada en sus casas. Los comercios no han abierto hoy y se lucha en muchos lugares.

— ¡Hura! Si es preciso, refuerza la guardia, Ektos. Cuando Mirto traiga a Jeant y a su mujer, no quiero sorpresas.

— ¿Qué piensas hacer con ellos?

— ¡No te se ocurra tratarlos como a enemigos! ¡Son mis invitados! —exclamó Xetnos—. Necesitamos a Jeant. Mi plan es el siguiente: Jeant tiene que recibir aviso de los «uhrseos». Lo recibirá aquí. Y yo me enteraré a la vez que él. Veng habrá de pactar conmigo o no regresará con los suyos.

— ¿Y los Sabios que esperan hablar contigo?

— Creo que puedes hacerlos pasar. Aunque, tal y como están las cosas, lo mejor sería no recibirles. Sé lo que vienen a proponerme.

— ¿Les hago entrar ahora? — preguntó Ektos.

— Hazlos esperar un poco más. Eso me dará superioridad sobre ellos. Diles que estoy muy ocupado en asuntos de mi judicatura... ¡Ah, y tráeme un tónico de hidromiel!

Ektos se inclinó ante su amo y abandonó la estancia.

Xetnos siguió leyendo la lista incautada a Klatok. Cuando regresó Ektos con la bebida, se retrepó en el asiento y bebió, satisfecho. El

clamor de la calle no llegaba hasta él. Se sentía seguro y dominante.

Al fin, cuando creyó que sus visitantes tendrían agotada la paciencia, optó por recibirlos en una sala cubierta de almohadones. Él se retrepó en un asiento de color rojo.

Entraron Gonxos, Krammon, Quemos y Ulkes.

— ¡Que Thei sea contigo, Xetnos! —saludó Krammon, sin poder contener su furia—. Gwampa está ardiendo y tú permaneces aquí tan tranquilo... ¡Las hordas han asesinado a más de veinte Sabios del círculo!

— Por eso estoy aquí. ¿No habéis visto mi guardia?

— ¡Hemos de hacer algo para atajar la situación! — exclamó Gonxos.

— ¿Qué podemos hacer, amigos míos?

— Nosotros tenemos el poder judicial y legal. Debemos hacernos oír de los «gwampanos».

— Me parece una buena idea, amigos — dijo Xetnos, con marcada ironía —. Id y decidle al pueblo que vuelva a sus casas y lupanares. Se os escuchará.

— ¿Te burlas, Xetnos? — preguntó Quemos, furioso.

— ¿Yo, burlarme? ¡Por Thei, lejos de mi mente tal ofensa! Pero a vosotros se os ha creído siempre.

— No es momento de palabras. Millones de hombres y mujeres recorren las calles, destruyéndolo todo.

— ¡Oh, contra millones de gente furiosa no hay oratoria posible ni razones que valgan! —declaró Krammon.

— Eso me temo. ¿Qué habéis pensado?

— Sin rodeos, Xetnos — habló Gonxos—. Tú estás aquí muy tranquilo. Te sientes seguro, ¿no? No te importa que la ciudad arda, porque en tus planes está el irte con las naves de los «uhrseos».

— Pues no os equivocáis. Estoy tranquilo, porque me siento seguro, rodeado de mis guardianes. Y os aconsejo que os gastéis los «dins» que tenéis en proporcionaros una buena escolta; de lo contrario vuestro dinero se lo gastarán los demás. Y no os mováis de vuestras casas.

— ¿Estás loco, Xetnos? ¿Y esperar a que llegue el cataclismo y nos aniquile?

— No habrá cataclismo, Gonxos. Todo ha sido una farsa inventada por Jeant y los «uhrseos». Esos hombrecillos de piel limón son muy hábiles. Lo que se proponen es debilitarnos y lo están consiguiendo.

»Por otra parte, a mí no me preocupa. Creo que hay demasiada gente en Gwampa. Lo que sobran son parias y estúpidos. Después, cuando todo termine, haremos recuento de lo que ha quedado y esos necios habrán de pagar todo lo destruido.

»Yo soy partidario de desenterrar algunos de los antiguos regímenes. ¿Qué os parece una buena dictadura, apoyada por un ejército bien equipado? En tiempos de Maktras se vivía bajo su mandato.

»¿Te gustaría ser dictador, Gonxos?

— ¿Para terminar como terminó Maktras, ensartado en las lanzas de sus propios capitanes? ¡Ah, no, gracias! Yo no pienso en eso, Xetnos. Creo que eres un cínico y un farsante y estás pretendiendo engañamos...

— ¡Cuidado con las palabras, Gonxos! ¡Estás en mi casa y mis criados pueden entrar a una señal mía; no vengas con amenazas o te hago dar cien latigazos!

— ¿A mí? — gritó Gonxos.

— Sí, a ti. Y a tus compañeros también. No soporto impertinencias en mi casa, Gonxos. Habéis venido a que os ayude. Parece ser que tenéis miedo de acudir a la asamblea, donde nadie os ha escuchado jamás.

Ahora las cosas están revueltas.

«Incluso va la gente al templo de Thei, que no era visitado más que por ancianos y niños. ¿Sabéis que se están inmolando* en una gran hoguera? Con eso pretenden aplacar a Thei... ¡Estúpidos!

»Y vosotros sois igual que ellos. Es el miedo lo que os ha hecho venir a verme. Estáis temblando y se os ve en los ojos. Queréis que yo os dé un sitio en una de las naves que los «uhrseos» dicen preparar para nosotros. ¿No es eso, Ulkes?

— Sí, Xetnos. Confieso que estoy asustado. Nosotros, mal o bien, hemos regido Gwampa desde hace tiempo. Sin tener la edad, te admitimos en el Círculo. Yo voté por ti.

— ¡Votó por mí el dinero que os di, no nos engañemos! — exclamó Xetnos.

— No necesitaba tu dinero.

— Pero te lo quedaste. Igual que Gonxos y Quemes... Kxammon no quiso dinero, lo recuerdo. Le di una de mis concubinas. ¿Cómo se llamaba, Krammon? Me olvido de mis amantes en cuanto las dejo. Pero no importa. Sé que pagué. Y no debía hacerlo, puesto que mi oratoria y mis conocimientos son tan buenos o mejores que los vuestros.

»Fui diferente, nada más... ¡Bah, me aburre vuestro miedo! Pero soy generoso. Podéis quedaros aquí, si os place. Veo que lleváis espadas. Entre todos nos defenderemos. Y si aquel «uhrseo» viene con sus naves, os dejaré entrar en ellas, para que vengáis conmigo al firmamento, a seguir gozando de la vida.

— Gracias, Xetnos — murmuró Ulkes.

— Nos quedaremos y te prestaremos ayuda — añadió Gonxos.

— ¡No me prestes nada, Gonxos; no lo necesito! Soy yo quien os doy a vosotros. Pero habréis de firmar un juramento de fidelidad hacia mi persona — Xetnos pensaba en el juramento que Jeant había hecho firmar a los que le debían acompañar en su viaje—. Yo seré el jefe de la expedición. Nadie se opondrá a lo que yo disponga. Seré dueño y señor de todos, hombres y mujeres, bienes y prendas. Y quien falte a ese juramento, deberá morir.

»Ya no somos iguales... ¡Yo estoy por encima de vosotros!

Los cuatro estadistas abatieron la cabeza sumisamente. Xetnos les había dominado. Estaban a su merced y si querían seguir viviendo, no tenían más remedio que aceptar todas las condiciones.

— Sí, Xetnos... Tú serás el dictador — dijo Gonxos.

* * *

Jeant besó a Kramadna por enésima vez.

Sólo el esplendor de la naturaleza era testigo de la belleza de su amor. Lo habían olvidado todo o casi todo. Se alimentaban de frutos silvestres en sazón, de bayas, limones dulces y de agua pura y cristalina de los arroyos.

Retozaban entre las altas hierbas. Se perseguían como niños jugando. Reían alegremente siempre. Y cuando él la alcanzaba, sus cuerpos se entrelazaban, se fundían, se amalgamaban en el frenesí del arrebato más intenso, del que salían jadeantes y exhaustos, pero llenos de felicidad.

En una de aquellas ocasiones, tendido el uno junto al otro, de cara al cielo, Kramadna se puso triste de pronto.

— No tengo derecho a ser tan feliz, Jeant. ¿Crees que Xetnos habrá tomado venganza en mi padre?

Jeant no había revelado a su joven esposa las noticias de Urxug.

— ¿Qué te hace pensar eso?

— Xetnos es poderoso y vengativo. Le hemos burlado y no perdonará.

— Tu padre quedó con mis hermanos. Sé que Estrant y Abdmon querían contratar criados para protegerse. No te preocupes ahora.

»Reuniremos a nuestros amigos y embarcaremos en las naves que nos llevarán lejos de esta zozobra. Hemos de ser fuertes, Kra. La vida se termina en nuestro paraíso.

— Thei nos castiga por el vicio de nuestros semejantes. Mi padre me ha contado lo que ocurre en la ciudad. Hasta en las casas más honorables se cometen pecados terribles,.. Se miente, se engaña, se expolia, y cada día es mayor el número de desheredados, mientras que los opulentos cada día poseen mayor riqueza.

— Sí, Kra — dijo Jeant, pensativo —. Todos nacemos iguales. Todos tenemos derecho al «premio» que nos asignaron nuestros antepasados. Con ese «premio podemos vivir holgadamente durante nuestras vidas. Pero los buenos propósitos de los sabios de la Antigüedad se han visto malogrados.

»La gente se hipoteca, se vende, porque seres sin conciencia, desaprensivos, han creado comercios de vicio, trayendo cosas innecesarias para la vida sana y normal, y distribuyéndola entre los falsos de espíritu.

»¿Sabes cómo se vicia al pueblo con las drogas y los licores? Si entras en un lupanar, te obsequian y no tienes que abonar nada. Eso te agrada. Lo hacen con todos los que llegan allí por vez primera. Y les ofrecen bonitas mujeres que les acarician. Licor, polvo amarillo, juego y mujeres depravadas.

»Luego, vuelven otra vez. Empiezan a habituarse. Les agrada. Les parece bueno. Y se hunden lentamente, hasta hipotecar sus «premios», malvender sus haciendas, muebles y objetos familiares.

»Así vivimos en Gwampa, Kra.

— ¡Hay excepciones! — exclamó ella.

—Muy pocas. Ni el Círculo de Sabios está exento de tales bajezas. Lo que ocurre es que los altos dignatarios no se rebajan a ir a los sórdidos lugares donde se vende el placer. Ellos lo tienen en sus propias casas. Es más grato así.

»Xetnos es uno de ellos. Se ha rodeado de un grupo de criados, tan viciosos y degenerados como él, y en público nadie puede acusarle de deshonesto.

»Tenía que ocurrir, Kra. Thei sabe que hemos sido el pueblo más importante de este planeta. Que nuestra ciencia floreció y fue perfecta. Que tuvimos una técnica maravillosa... ¿Y qué nos queda de todo aquello?

— El vicio y la degeneración, Jeant.

— Sí, nada más que eso. Pero todo cambiará. Crearemos una nueva raza que se regirá por leyes y costumbres muy distintas. Habrá una verdadera y auténtica justicia, no una farsa como existe ahora, con el nombre absurdo de libertad perfecta. Esto no es ni...

Jeant se detuvo bruscamente. Sus ojos se agrandaron, mirando al cielo, donde aparecieren una veintena de hombres, provistos de retroimpulsores individuales... ¡Hombres armados con espadas y lanzas!

El aire se agitó con el ruido de las máquinas voladoras.

Jeant y Kramadna se pusieron de pie, sobrecogidos, pero no se movieron, porque sabían que tratar de huir era inútil. Les habían descubierto desde el aire. Y ahora, el círculo amenazador descendía de las alturas, para rodearles.

Eran «gwampanos», pero no amigos, a juzgar por su actitud amenazadora. Y quedó demostrado cuando se posaron en tierra, entre las hierbas, y estrecharon el círculo en torno a los jóvenes.

Uno de ellos, que llevaba un objeto metálico en la mano y que parecía ser el jefe, preguntó, desde unos diez pasos:

— ¿Eres Jeant, hijo de Pitios?

— Si, ¿quiénes sois vosotros?

— Amigos... Amigos tuyos y de tu esposa, que venimos a buscaros a este lugar.

— ¿Quién os ha dicho dónde estábamos?

—El único que lo sabía. Y no nos lo habría dicho, si no fuésemos amigos de verdad — Mirto sonrió mostrando sus dientes imperfectos —. Urxug es un buen amigo... Espero que vosotros también lo seáis...

»¡Ah, bonita mujer te has buscado, Jeant! ¡Muy bonita!

Mientras hablaba, Mirto se acercó a la pareja. Examinó a Kramadna de pies a cabeza, recreándose en el contorno de sus senos, su largo cuello y sus hermosas facciones.

Ante aquel examen, Kramadna se sonrojó.

— Un amigo no miraría así a la esposa de otro — dijo Jeant—. Además, Urxug tenía órdenes de no revelar a nadie el lugar dónde nos encontrábamos.

— Después de conocer nuestras razones, Urgux creyó conveniente decírnoslo. Aquí no estáis seguros. Hay mucha gente que ha huido de la ciudad. Hemos visto millares de personas tratando de hallar refugio en los bosques. La verdad es que la noticia del próximo fin del mundo ha desatado una tempestad de odios en Gwampa.

— Lo siento — musitó Jeant—. Reinaba demasiada maldad e injusticia. En vez de acometerse unos a otros, lo que debían hacer esos desdichados es implorar el favor de Thei y recordar le leyenda de At. Sólo así podrían salvarse en el Más Allá.

— Nosotros queremos salvarnos en el más acá, Jeant. Y Por eso vas a venir a la ciudad en nuestra compañía.

— No. Me quedaré aquí, con Kra.

— No intentes resistirte, Jeant — replicó Mirto—. Debo llevarte a la ciudad, quieras o no.

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué os ha dicho Urxug...?

— Basta... ¡Prendedlos, compañeros!

El círculo se estrechó. Las espadas, embadurnadas con veneno verdoso, se cernieron peligrosamente sobre ellos. Kramadna se abrazó a Jeant.

— No os queremos hacer ningún daño. Piemos traído máquinas voladoras para vosotros... Que se las pongan, Baeken.

Dos aparatos retroimpulsores fueron depositados a los pies de la asustada pareja. Mirto apremió:

— Poneos eso. Xetnos nos está esperando en su casa.

— ¿Xetnos? — exclamó Jeant, mientras Kramadna se estremecía de terror con sólo escuchar el nombre.

— Si. Klatok y Urgux están en su casa. Todos vamos a ser amigos y nos llevaremos bien. Te aconsejo que no seas tonto, Jeant. Contra Xetnos no se puede luchar.

— »Me recomendó, especialmente, que no os hiciera daño alguno, a menos que te resistas a venir. Me dijo: «Mirto, confío en ti. Necesito aquí a Jeant, y lo quiero vivo. Si se niega, por medio de Kramadna podéis obligarle a venir. No permitirá que le hagáis daño». Eso dijo, y no es daño, ni mucho menos, lo que yo le haría... ¿Verdad, preciosa, que vas a ser mi amiga querida?

— ¡No la toques, sabandija! —gritó Jeant, empezando a perder la calma —. Te mataré como le pongas una mano encima.

Mirto sonrió despreciativamente y mostró el desmaterilizador fotónico que empuñaba.

— No hace falta que la toque siquiera, Jeant. Observa lo que hago con esto.

Mirto dirigió un rayo de luz hacia el suelo, logrando que surgieran humo y llamas y se fundiera la tierra, cristalizándose en una mancha incandescente, que hizo retroceder a los jóvenes, a riesgo de ser heridos por las espadas y lanzas emponzoñadas.

— ¿Diabólico, eh? Éstas son las armas que construían nuestros amables antecesores, Y la carga que lleva dentro es inagotable. Kramadna moriría en el acto si envío un rayo de esto a su bonito cuerpo.

»De modo que decide, Jeant. ¿Vienes o la verás incendiarse ante tus ojos?

— Iré — contestó Jeant.

— Eso está mejor. Poneos las máquinas voladoras. Os llevaremos como las aves llevan a sus polluelos, envolviéndolos con nuestra protección.

Jeant tomó el retroimpulsor y se lo sujetó a los hombros y a la cintura. Luego ayudó a Kramadna, que estaba temblando como una hoja de árbol agitada por el fuerte viento otoñal.

— No temas — trató de tranquilizarla él—. Yo convenceré a Xetnos. Conmigo no te hará nada.

— ¡Estoy muy asustada! ¡Xetnos es muy poderoso y vengativo! Me lo dijo tu cuñada Gret.

— ¿De qué conoce Gret a Xetnos?

— No debo decírtelo, Jeant.

— ¿No? Soy tu esposo. Entre nosotros no deben haber secretos...

— Es que prometí a Gret no confiarlo a nadie...

— ¿Asedió Xetnos a Gret?

— Fue su amante — dijo Kramadna, bajando los ojos.

— ¿Antes o después de casarse con Estrant?

— Después de casarse... La niña... es hija de Xetnos.

— ¡No, maldición! —rugió Jeant, víctima del paroxismo más intenso—. ¡Y mi hermano tenía celos de mí! ¡Te aplastaré, Xetnos; te haré pagar todos tus crímenes!

Capítulo IX

SOLO EN EL UNIVERSO

Les obligaron a posarse sobre la terraza de la mansión de Xetnos. Antes, cruzando el cielo de la ciudad, contemplaron horrores indescriptibles. Las calles estaban llenas de muertos, desangrándose al sol, víctimas de la locura desatada que lo invadía ya casi todo.

También habían visto miles y miles de personas que huían de la población, lanzándose a los bosques.

Y lo que más les impresionó fue la pira funeraria del templo de Thei, donde se hacinaban los cadáveres, en medio de una espantosa humareda, repelente e irrespirable.

Jeant tuvo que cerrar los ojos e implorar en lengua «uhrsea», para no impresionar a Kramadna más de lo que estaba, aferrada a él, trémula y convulsa:

— ¿Por qué, Dios del cielo? ¿Era necesario todo esto, Veng? ¿No te predije que podría ocurrir algo así? ¡Esta gente está enloquecida!

Algo como un pensamiento extraño le asaltó. Pero tuvo el presentimiento que no lo formulaba él, sino que lo captó su mente, llegado de otra parte: «Sí, Jeant; es necesario. Tú sólo ves parte de la tragedia. No ves a los millones, a la mayoría, encerrados en sus casas, implorando a Thei, rogando por sus almas.

»No hay más de un millón de locos destruyendo. No hay ni medio millón. La gran mayoría está asustada y vuelve sus ojos al cielo, buscando ayuda. Sólo de allí les puede venir... ¡Cómo te ocurre a ti!»

Jeant, al pisar la terraza de la casa de Xetnos, no estaba seguro de aquel pensamiento. Creyó haberlo oído. Pero, ¿quién se lo pronunció? ¿Cómo?

En torno a él sólo estaban los hoscos sicarios de Mirto, con sus espadas amenazantes, situados a varios metros de distancia. Y nadie hablaba. Eran hombres que llevaban el vicio pintado en el rostro.

Había otros, en la terraza, que les aguardaban. Ektos, el criado de Xetnos, era uno de ellos. ¡Y también Gonxos, que empuñaba un arco y una flecha, como dispuesto a disparar!

Ektos se acercó, provisto de cadenas de metal blanco.

— Lo siento, Jeant. Pero mi amo quiere que comparezcas ante él atado.

— Soportaré todas las humillaciones. Mi venganza será más sabrosa cuando llegue el momento.

Al despojarse del retroimpulsor, Jeant tendió sus manos. Ektos las rodeó con varias vueltas y luego colocó un cierre a presión, que sólo

con una llave especial podía abrirse.

Kramadna no fue atada.

Ante las miradas frías de los adictos a Xetnos, Jeant y Kramadna fueron conducidos a una escalera que les condujo al interior de la mansión. En el piso inmediatamente inferior, entraron en un ascensor. Mirto y Ektos fue con ellos.

— Xetnos os espera. La mesa está preparada para la comida. Sois sus invitados — habló Ektos.

Efectivamente, les llevaron a un suntuoso salón, en cuyo centro había una gran mesa, capaz para cincuenta invitados, al extremo de la cual, en una silla de oro y pedrería, se sentaba Xetnos, ataviado con sus mejores ropas.

A su lado, había otra silla, que le fue ofrecida a Kramadna, pero ella rehusó, negándose a separarse de Jeant.

— Podría obligarte a sentarte a mi lado, Kramadna. Pero no importa. Ve con él… Ektos, que se sienten juntos. Y vigilad bien a Jeant. Es joven, fuerte y aprendió muchos ardides en la milicia. Espero que no me guardes rencor, Jeant.

— ¡Todo el rencor que puede abrigar mi pecho es para ti, Xetnos!

— El rencor no daña. Yo, en cambio, a ti no te odio, pese a que me trataste desconsideradamente en tu casa. Te creías el más fuerte. Ya lo ves. Ante mí y amarrado. ¡Qué vergüenza! Ektos, desátale. Sólo quería demostrarle que soy el amo ahora.

Ektos quitó las cadenas de Jeant.

— Ahora, sentaos, por favor. He preparado exquisitos manjares para esta ocasión.

La presencia de Mirto, empuñando siempre su desmaterializador fotónico, hizo obedecer a Jeant. Kramadna tuvo que sentarse también. Pero ninguno de los dos probaron los manjares que les fueron poniendo ante sí, ágiles y bellas sirvientas que aparecían y desaparecían detrás de los cortinajes.

Xetnos no prestó atención a la inapetencia de los dos jóvenes. Parecía muy locuaz mientras comía con apetito.

— Me hiciste una jugarreta con Kramadna, Jeant. Pero te lo perdono. Ahora, ella está aquí y la trataré con consideración. Pero me hubiese gustado más poseerla pura.

— ¡Eres un cínico, Xetnos! —rugió Jeant, haciendo un gesto para incorporarse.

Mirto, tras él, le contuvo con un gesto.

— Cuidado, Jeant. Sé prudente — advirtió.

— ¿Por qué cínico, Jeant, amigo mío? Kramadna me gusta, y no debe extrañarte. Es muy bella y poseo gustos refinados. Pero dejemos ese asunto. No deseo contrariarte.

»Las circunstancias han hecho que seas un hombre importante.

Estaba pensando en tu amigo Veng. Cuando venga con las naves, se molestará mucho si las cosas no han resultado como esperabais, ¿no?

— ¡Pese a cuanto hagas, no irás en esas naves, Xetnos!

— Por eso te he buscado. Poseo la lista de tu amigo Klatok. No está completa. Apenas si hay mil nombres. No me importa que vengan todos ellos. Será un viaje delicioso. Los jóvenes me encantan. Son sumisos, obedientes y amables. Creo que me respetarán.

— ¡No irás con nosotros, Xetnos!

— ¿Y por qué, Jeant? ¿Tanto te desagrada mi compañía? Soy sociable, educado, de gustos refinados, ocurrente, ingenioso, hábil... ¡Y poderoso! ¿Sabes quién ha entrado a mi servicio?... Gonxos, Quemos, Ulker y Kramon. Saben que sólo yo puedo ayudarlos. Vamos a establecer las jerarquías, Jeant. Yo seré el jefe y tú mi segundo. Reconozco que donde vamos a ir mi dinero no servirá de mucho, pero comprenderás que yo no puedo llegar a otro planeta y ponerme a trabajar la tierra, para obtener trigo.

— ¡No irás, Xetnos! — repitió Jeant, una vez más.

— Entonces, lamento decirte que tú tampoco irás.

— Eso me tiene sin cuidado. Si hemos de perecer todos, pereceremos. Nuestra raza se extinguirá con nosotros. ¡Y tú también! ¿Crees que Veng vendrá a ayudarnos, después de lo que has hecho?

— ¿Y qué he hecho?

— Tú has desencadenado esa horrenda matanza.

— ¡Oh, no; Jeant; no seas injusto conmigo! Si alguien tiene la culpa, ése eres tú. Yo me he limitado a defender mi hacienda.

— ¡Está bien! No quiero continuar así. Ni siquiera verte. Terminemos de una vez. Dile a tus lacayos que nos maten ya.

— No te precipites, querido Jeant. Eres demasiado impulsivo.

— ¡No quiero ni verte! ¿Qué has hecho con Klatok y Urxug? ¿Dónde están mis amigos?

— Urxug tuvo mala suerte. Ha muerto esta mañana. Estaba malherido.

— ¿Le has torturado?

— ¿Qué palabras más feas? Me desagrada la violencia. De eso se ocupan mis criados. Yo me ocupo de estrechar relaciones, hacer favores, ser obsequioso. Aunque, como buen anfitrión, si mis invitados están inapetentes, no me siento satisfecho.

«Veamos, Jeant. ¿Cuándo vendrá Veng? ¿Te lo dijo?

— Cuando tengan preparadas las naves espaciales.

— ¿Y no será tarde?

— Para ti, sí.

— Y para ti supongo que también. Y será una lástima, Jeant. Si llegamos a un entendimiento razonable, podemos vivir todos, tú, yo, ella, nuestros amigos, tus amigos y familiares.

— ¿Y Creí también? — preguntó Jeant, con odio infinito en la voz.

— ¿Gret? ¿Quién es?

— ¿No te acuerdas ya de la esposa de mi hermano?

— Jamás pregunto a mis amantes quién es su esposo. Me molesta que otros compartan mi posesión.

— ¡Canalla, perro cobarde:..!

— Contén la lengua, Jeant. Puedo ordenar que te la corten.

— ¡Hazlo, lobo sanguinario!

— No eres educado. ¿Quieres que te diga que la mujer de tu hermano estuvo conmigo algún tiempo?

Te lo diré. Yo apoyé a tu padre. Gret me costó cara, pero era agradable. Nada más.

»¿Qué podía hacer un pobre ciego, con dos hijos inútiles, como tus hermanos? Abdmon me debía dinero y no me lo pagaba. Podía reclamárselo, pero me dio lástima. Gret intercedió y...

— ¡Eres más ruin de lo que imaginaba!

Jeant agarró uno de los cuchillos que había sobre la mesa y, sin preocuparse de Mirto, ni de Ektos, saltó en dirección hacia donde estaba Xetnos sentado.

— ¡Detenle, Ektos! —chilló Xetnos.

Todos se habían lanzado a sujetar al joven. Pero nadie logró su objetivo. Ni siquiera Jeant logró llegar hasta donde estaba sentado su odioso enemigo.

De pronto, una fuerza extraña le contuvo, inmovilizándole. No fue capaz de mover ni siquiera un músculo de la mano, ni parpadear siquiera, y menos volver la cabeza para ver si los otros trataban de agarrarle.

Nadie le sujetó. Mirto se había quedado en una extraña postura, con el brazo extendido. ¡Y Ektos quedó inmovilizado en el aire, sin tocar los pies en el suelo!

También Xetnos, abierta la boca en una expresión de espanto, extendidas las manos, como para repeler a Jeant, quedó sentado, con los ojos mirando al joven que trató de lanzarse sobre él.

Y Kramadna, aterrada también, vuelva hacia Jeant, sentada.

¡Todos parecían haberse convertido en estatuas!

Un silencio espantoso llegó hasta Jeant, que fue el único que, poco a poco recobró el movimiento, logrando articular:

— ¿Qué ha ocurrido aquí?

Se volvió hacia su esposa y le asustó la extraña inmovilidad de su rostro.

— ¡Kra! ¿Qué te ocurre? ¡Contesta!

La tocó, pero ella no se movió, sin dar muestras de haberle oído. Tampoco pudo moverla de la posición en que estaba. Parecía haberse

convertido en una pesada estatua de carne.

La postura antigravitacional de Ektos también le maravilló. ¡Flotaba en el aire! Y por mucho que le empujó, no fue posible hacerle moverse.

— ¡Cielo santo! ¿Qué ha ocurrido aquí? ¡Y este silencio tan espantoso! ¿Es que afuera...?

Corrió hacia el exterior. Por todas partes encontró estatuas humanas en las más insólitas actitudes. Las puertas, empero, estaban abiertas, y las que se hallaban cerradas cedían a su impulso.

Así pudo salir al jardín, donde vio a la guardia petrificada. Parecía como si un terrible castigo hubiese caído sobre todos aquellos hombres y mujeres, a los que algún dios furioso había inmovilizado.

¡Pero Jeant se movía, se tocaba, podía hablar, pensar, moverse!

Y hasta gritar:

— ¿Hay alguien que pueda oírme? ¡Respondan!

Al levantar la mirada al cielo, entre los árboles, vio algo que le dejó maravillado. En letras enormes, blancas, casi cubriendo el firmamento visible, pudo leer: «Thei está con Veng».

Entonces creyó comprenderlo. Hacía años, en cierta ocasión, él también sufrió una parálisis semejante a la que ahora parecía haberse apoderado de todo Gwampa. Fue cuando los «uhrseos» le hicieron prisionero.

En aquella ocasión, le capturaron, dejando huir a todos sus compañeros. En primer lugar, porque estaba herido, y en segundo porque querían saber noticias de los «gwampanos».

¡Veng había vuelto! Posiblemente, fue él quien le envió el mensaje mental dándole confianza.

Pero ¿qué iba a ocurrir? Toda la inmensa ciudad estaba paralizada. Ni siquiera los insectos aleteaban en el aire. Todo estaba como muerto.

Corrió en todas direcciones, incluso fue a su casa, y en todas partes halló la misma escena. Hombres y mujeres inmóviles.

En casa de su padre, encontró a Gret, cerca de la entrada. Estaba con la cabeza vuelta hacia Estrant. Ella sonreía, pero él estaba furioso. Seguramente, la parálisis les había sorprendido discutiendo, como siempre.

Pero al ver a Gret recordó la confesión de Kramadna.

— ¡Te vendiste a Xetnos, Gret! ¡Ni siquiera tu hija es de nuestra familia! ¡No puedo aceptarte en la nave «uhrsea»! ¡Quédate aquí y perece! ¡Nada, ni siquiera las deudas de Abdmon, justifica tu vergonzosa conducta! ¡Y mi hermano dudaba de mí, cuando era el maligno Xetnos quien te poseía!

»¡Eres inicua, vil y despreciable, Gret! ¡Te odio!

Gret continuó sonriendo, sin mirarle... ¡Pero sus oídos escucharon

la voz de Jeant, como la escuchó también Estrant!

¡Las personas estaban inmovilizadas, pero tenían despiertos los demás sentidos: veían, escuchaban y pensaban, pero no podían hablar ni moverse!

Y Jeant no lo sabía. Aunque de haber estado Gret en disposición de replicarle, la acusación la habría hecho igual.

Lo que aquella mujer sufrió al oírle jamás lo sabría Jeant.

No por esto dejó de sonreír.

* * *

Un nuevo mensaje llevó a Jeant hacia las afueras de la ciudad. Allí se encontró con Veng, al que vio surgir de entre los árboles, acercándose hacia él.

— ¡Veng, amigo mío! ¿Qué ocurre en Gwampa?

— Hola, Jeant. No ocurre nada extraordinario. Sólo que... No quise que fueras un homicida. Ellos han de morir igual. ¿Para qué mancharte las manos de sangre?

— Tienes razón, Veng. Iba a matar a Xetnos.

— Yo siempre supe que Xetnos era un miserable.

Pero esta ciudad está llena de hombres y mujeres como él. Los que han temido y han suplicado a Thei, At los juzgará y sus almas podrán perderse, o salvarse. La justicia divina es inapelable. La clemencia sólo se ejerce en el clemente, el perdón para los justos... Thei con todos y nosotros con él.

— ¿Y no volverán a moverse?

— No. Sólo los que tú elijas. Por eso te he traído este objeto, Jeant. Es un vibrador molecular. Pulsa el disparador hacia atrás y apunta a la persona que desees que te acompañe. La verás reanimarse.

— ¿Y luego, Veng?

— Las naves estarán aquí dentro de dos días. El momento final se acerca, Jeant. Dentro de cinco días, Ktare sacudirá la Tierra hasta sus más hondos cimientos. No debes perder tiempo, si queréis equipar bien las naves. Nosotros hemos puesto en ellas todo lo que podéis necesitar, pero hay recuerdos, historia, pasado y hasta objetos que os interesará conservar.

»¿Qué te pareció el arma de Mirto? Es asombrosa. Nosotros no hemos logrado obtener el rayo fotónico y vuestros antepasados lo consiguieron.

— Más les hubiese valido destruirlo.

— Mirto utilizó ese rayo varias veces. Es un criminal al que Thei ya ha hecho justicia, a menos que quieras hacerla tú también.

— No, Veng. Prefiero irme cuanto antes. ¿Me ayudas?

— No puedo. Tengo que volver. He perdido tiempo con vosotros. Y las naves han de estar aquí pasado mañana. Las hallaréis detrás de aquella colina. Tomarán tierra cuando Thei esté en su cénit. Tenedlo todo preparado.

»Vuelve, pues, y recoge a tus amigos. Klatok te ayudará. Le encontrarás en una mazmorra que posee Xetnos bajo su mansión. No culpes al fiel Urxug. Ha muerto, víctima del sufrimiento provocado por el tormento. Dale sepultura y reza por él.

— ¿No te veré más, Veng?

— Sí… ¡Nos veremos allí donde la estatura no diferencia a los seres humanos, porque todas las almas son iguales! Yo también debo preparar mi espíritu para el largo viaje.

— ¿Puedo abrazarte, Veng?

Capítulo X

¡GRANDE FUE SU PODER!

Jeant había tenido que agacharse para abrazar al pequeño científico amarillo, en cuyos ojos oblicuos habían aparecido las lágrimas. Jeant también lloró y el otro dijo:

— Los hijos de los dioses no lloran, Jeant. Seamos íntegros.

Luego, una mano enorme palmeó una pequeña mano.

Veng dio media vuelta y regresó a donde había dejado su nave espacial. Jeant permaneció allí, hasta que el vehículo plateado se remontó en el cielo, perdiéndose en la distancia en pocos segundos.

Luego, con el vibrador en la mano, regresó a la ciudad.

Eligió a una muchacha muy joven, no mayor de doce años, a la que un ser bestial intentaba golpear con un palo. La parálisis universal dejó a ambos en aquella espantosa postura.

El vibrador actuó, y la joven se movió, gritando:

— ¡No, por favor, piedad, socorro!

— No temas, pequeña — le dijo Jeant—. No puede hacerte nada. La ira de Dios le ha castigado. Yo he venido a liberarte para que puedas seguir viviendo.

— ¡Oh, debo ir a casa!

— No vayas, pequeña. ¿Cómo te llamas?

— Daisa.

— Pues sígueme, Daisa. Yo seré tu guía desde ahora. Ten fe en mí. Mi nombre es Jeant.

La joven miró a su alrededor. Todo lo que vio estaba paralizado. Sólo parecían vivir ellos.

— Mi madre fue en busca de alimentos. Y como no volvió, salí a buscarla.

— Lo siento, Daisa. Lo siento profundamente. No la volverás a ver. Estamos solos. Este mundo se concluye... ¡Esos salvajes saldrán de su inmovilidad para encontrarse con un cataclismo exterminador!

La joven miró al hombre que había intentado atacarla.

— ¿Tú puedes hacer que se mueva?

— Sí.

— ¿Y si se mueve no morirá?

— Bueno... Tendríamos que llevarlo con nosotros, iremos en unas naves metálicas hacia el cielo...

— ¡Yo le perdono! —exclamó la muchacha—. Haz que se mueva y que venga con nosotros.

— No, lo siento. Él no puede venir—dijo Jeant, emocionado, al

comprender que había encontrado una jovencita honesta y buena—. Se tiene que quedar así. Vámonos.

Se dirigieron directamente a casa de Xetnos. Todo estaba como él lo había dejado. Pero encontró el camino hasta donde se hallaba encerrado Klatok. Descorrió el cerrojo de la mazmorra y entró, seguido de Daisa.

— ¿Por qué no has ido primero a buscar a tu esposa?— preguntó Daisa, a la que Jeant había explicado por el camino lo que iban a hacer.

— Ahora iremos… Klatok tiene la lista de las personas que nos han de acompañar.

El vibrador molecular actuó de nuevo y Klatok se incorporó. Su primer gesto fue arrodillarse a los pies de Jeant y besárselos.

Dijo llorando:

— ¡Te traicioné, Jeant! ¡Me dejé convencer por Xetnos!

— No te preocupes, Klatok. Lo sé todo. Levántate. Tenemos mucha prisa.

Después, fueron a liberar a Kramadna, quien se abrazó a él, gimiendo y llorando:

— ¡Oh, Jeant; temí que no volverías! ¡He pasado un miedo terrible! No podía moverme, pero pensaba. Te escuché y no te pude contestar.

— Ya pasó todo, querida. Ésta es Daisa. Vendrá con nosotros. Ahora, hemos de reunir a todos los que deben acompañamos. Klatok encontrará la lista.

— Me la quitaron. Debe tenerla Xetnos.

— Búscala por todas partes, Klatok… Quiero decir algo a Xetnos. Sé que puede oírme.

Se acercó a donde el poderoso Xetnos estaba sentado, con la misma expresión y gesto de repeler la agresión. Le miró con desprecio.

— Sé que me oyes. Xetnos. Estás vivo… ¡Bonito castigo el tuyo! Nosotros vamos a marchamos y tú permanecerás aquí cinco días, con sólo la facultad de pensar y comprender que la riqueza no lo puede todo.

»Has sido inicuo, Xetnos. Vas a morir y no me gustaría verte temblar de terror. Pero en tu mente el miedo se agiganta. ¿Dónde está tu fuerza y tu poder, Xetnos? ¿Ves cómo no te ha servido de nada?

»Y no todo termina aquí. Acudirás al Tribunal de At, donde se juzgarán tus pecados. Tu espíritu se habrá condenado y sufrirás las penas eternas destinadas a los espíritus perversos.

»Tú lo verás, Xetnos… ¡No tienes salvación!

* * *

En un día, el vibrador actuó dos mil veces. Cuando todos los expedicionarios, jóvenes no mayores de treinta años, hombres y mujeres, estuvieron reunidos en la desierta plaza de las asambleas, donde, por casualidad, no había nadie cuando ocurrió la inmovilización universal, Jeant, acompañado de Kramadna, subió al estrado de los oradores. Allí, ante la blanca estatua de Thei, se dirigió a todos.

— Mañana, detrás de las colinas del norte, embarcaremos en cuatro naves de espacio que los «uhrseos» traerán para nosotros. Podemos llevarnos recuerdos y todo lo que nos pueda ser útil para establecer vínculos con el pasado que vamos a dejar detrás nuestro. Libros y enseñanzas.

«Klatok ya ha nombrado los jefes de cada nave. Todos dependeréis de mí y os anticipo que el viaje será largo.

»No podrá hacer nadie lo que quiera, sino que se obedecerá a un reglamento, que redactaremos durante el viaje, una vez conozcamos nuestras posibilidades.

«En realidad, no sé cómo se manejan esas naves. Los «uhrseos» nos lo explicarán. Lo demás habremos de hacerlo nosotros. Llevaremos alimentos y agua, pero podremos crear alimentos y agua dentro de las naves. Todo está previsto.

«Id, pues, por vuestros objetos queridos y sabed que mañana, cuando Thei esté en su cénit, debemos encontrarnos detrás de las colinas del norte, para embarcar.

«El que no acuda se quedará en tierra... Y este mundo desaparecerá dentro de cinco días. Eso es lo que me han ordenado que os diga. No sé nada más.

«Os he elegido a todos vosotros para vivir. Vamos a continuar nuestra raza en otro planeta. Nuestros descendientes, si Thei me ayuda, han de ser mejores que nosotros.

»Y nada más. Confío en vuestra obediencia absoluta.

Al terminar el discurso Jeant, nadie habló. Estaban dominados por la inmensa impresión de la catástrofe de que iban a ser testigos. Querían vivir, desde luego, nadie pensaba en renunciar al privilegio de la vida, aunque fuese en otro planeta desconocido. Pero todos habían nacido y vivido en aquel mundo que iba a desintegrarse.

Aquel pensamiento sobrecogía y dominaba.

Jeant y Kramadna descendieron del estrado y pasaron por el centro de los jóvenes, quienes le miraban tristemente.

— ¿No vais a buscar nada a vuestros hogares? — preguntó a uno Jeant.

— ¿Para qué? Vamos a ver a nuestros familiares, por los que no

podemos hacer nada. Es mejor que vayamos directamente a las colinas, a rezar.

Jeant no replicó. Él y Kramadna querían ir a dar sepultura a sus familiares muertos. Por ejemplo, el viejo Pitios murió acuchillado en plena calle, como lo había sido Agmenton. Y sus cuerpos estaban insepultos. Kramadna sabía ya que su padre había muerto.

Sobre aquellos cuerpos vibró la fuerza molecular que Veng entregó a Jeant, para poder ser trasladados, de lo contrario, nadie podía mover un cuerpo paralizado.

Así, piadosamente, Pitios y Agmenton yacieron juntos, en el jardín de la casa del primero. Jeant cubrió ambos cuerpos de tierra, mientras Kramadna rezaba por ambos.

Realizada la piadosa tarea, Jeant entró en la mansión para recoger algunos recuerdos que conservaba allí. Lo mismo hizo Kramadna, en su propia casa, poco después.

Una vez resuelto todo, se dirigieron a las afueras de la ciudad, a esperar al día siguiente.

Aquella noche, dos mil jóvenes durmieron bajo las estrellas y contemplaron temerosos a Ktara, cuando apareció en el firmamento, iluminada por un halo extraño y nuevo.

— Fíjate, Jeant — musitó Kramadna—. Ktara parece haberse puesto un velo de fuego.

— Son las moléculas que chocan en su superficie. Está rozando las capas altas de nuestra atmósfera. Desde luego, Veng no está equivocado.

— ¿Es muy grande Ktara?

— Lo suficiente para causar un cataclismo en nuestro planeta.

— ¿Podremos verlo?

— Creo que sí. Nos situaremos a prudente distancia, en el espacio.

Ella se apretujó contra él, trémula.

— ¿Tienes frío? — preguntó Jeant.

— No... Es impresión.

Entre los jóvenes allí reunidos, alguien empezó a cantar suavemente una canción nostálgica. Jeant estuvo a punto de ordenar silencio, pero la poesía de la canción era mística y hablaba de unos desterrados que debían renunciar a su tierra, dejando sus casas y parientes.

Al poco, casi todo el improvisado campamento entonaba el mismo himno, que tuvo la virtud de influir beneficiosamente en sus corazones. Era la primera vez que todos ellos estaban juntos. Iban a emprender una fantástica aventura, pero detrás dejaban la muerte y el terror.

El estribillo de la canción terminaba diciendo:

A los que se quedan, en silencio y quietud.

A los que han de morir, llenos de espanto.

A los que nos olvidarán con la muerte,

decimos adiós, hermanos, hijos, padres…

Thei, nuestro padre eterno, lo quiere así.

* * *

Las naves, llegaron, teledirigidas. Ni un «uhrseo» llegó con ellas. Se posaron en la planicie y quedaron inmóviles, una tras otra. Eran cuatro gigantes de metal blanco.

Jeant fue el primero en acercarse a ellas. Los demás le aguardaron a prudencial distancia, silenciosos y emocionados.

El lejano mensaje telepático había sido conciso:

»—Jeant, sube a una nave. Todas tienen las instrucciones grabadas en los circuitos de instrucciones. Así sabréis cómo gobernar las naves. No habrá error. Adiós, Jeant. Ya no volverás a oírme jamás.

La escalerilla había descendido hasta el suelo, al posarse la nave que Jeant eligió al azar. Subió por ella y, desde lo alto, hizo un gesto a las dos mil personas que le contemplaban en el llano.

Luego entró en el silencioso y vasto interior, quedando maravillado de lo que habían hecho allí los «uhrseos», que no olvidaron ni un detalle.

Estuvo más de una hora recorriendo los principales departamentos interiores, hasta que llegó al puente de mando, técnicamente perfecto.

Allí, durante media hora más, escuchó y vio imágenes en una pantalla de televisión, con las instrucciones que los «uhrseos» le dejaron para el control y pilotaje de las naves. Todo era sencillo.

Por esto, salió al fin y llamó a los tres hombres que gobernarían cada una de las naves. Uno era Klatok, otro un estudiante llamado Kuimos. El tercero se llamaba Jerkel.

— Venid conmigo, hermanos. La gente puede empezar a embarcar, en orden, quinientos por nave, ni más ni menos.

— Ya está previsto eso, Jeant — dijo Klatok—. No te preocupes. Hemos distribuido a todos.

— Decidles que ocupen los puestos dedicados a alojamiento, situados en la planta tercera. Allí permanecerán hasta que les deis instrucciones.

Se corrió la voz, dándose aquellas órdenes al embarcar, y el grupo

de los cuatro capitanes se reunieron en la cabina de control y mando de la nave que había de dirigir Jeant.

De nuevo, la grabación y la voz repitió las instrucciones. Klatok, Kuimos y Jerkel escucharon con atención. Los «uhrseos» habían hablado en lengua «gwampana».

Al terminar, Jerkel parecía tener alguna duda, pero le fue aclarada sobre el mismo tablero de gobierno.

— Recordad. La nave uno despegará primero. Hay que pulsar este conmutador. La nave dos está conectada a la primera, y despegará automáticamente, quince minutos después. La tres repetirá la operación. Todo está sincronizado.

»Es la nave uno la que gobierna a las demás. Por lo que vuestra misión será de supervisión. Yo fijaré el rumbo. Yo fijaré la órbita y elegiré el ángulo más idóneo, cuando estemos fuera del sistema solar.

— De acuerdo. Eso me tranquiliza. Viajaremos en convoy, con quince minutos de separación.

— Exacto, Jerkel. No debes preocuparte más que de establecer un eficaz gobierno en el interior de la nave. Pensad que con las naves auxiliares podemos visitarnos en el espacio, reunimos, si es preciso y cambiar impresiones. Pero utilizaremos, primordialmente, la radio.

— De acuerdo, Jeant. Podemos empezar a salir.

— Pues volved a vuestras naves... Klatok, la dos; Kuimos, la tres, y Jerkel, la cuatro.

Se estrecharon las manos y los tres capitanes salieron. Kramadna llegó entonces al puente, acompañada de Daisa.

— ¡Oh, Jeant, que alojamientos más bonitos nos han hecho! —exclamó Daisa —. Hemos visto el *solárium.* Hay plantas y sembrados.

— Sí, Kra. Todo ha sido muy estudiado para la misión que debemos realizar.

— ¿Cuál es esa misión? — preguntó Daisa.

— La de sobrevivir, a cualquier trance. Y ahora, volved a vuestro alojamiento. Voy a empezar a dar órdenes. Y debéis prestar mucha atención.

— ¿Cuándo volveré a verte, Jeant? Esta nave es inmensa. Aquí puede una perderse y no ver a los seres queridos durante meses.

— No exageres, querida. Yo puedo localizarte en un segundo. Anda, márchate con Daisa. Voy a empezar a dar órdenes...

* * *

Se vio una masa de fuego envolver a Ktare, que pareció desaparecer dentro de la inmensa llama, frenada brutalmente por las descomunales fuerzas cósmicas.

Luego, en un abrir y cerrar de ojos, se consumó la catástrofe telúrica.

En la pantalla telescópica que Jeant tenía en el puente de gobierno, la visión apareció de modo terrorífico y espantosa. Dos mundos chocaron silenciosamente para los espectadores — aunque el rugido debió ser inmenso sobre Gwampa—, y la esfera de la Tierra pareció dislocarse.

Las aguas subieron a gran altura sobre aquella región atlántica. Como un volcán desquiciado por su propia base. Y el fuego se fundió en el interior del mar, llevándose consigo el vasto continente que había sido Gwampa.

Kramadna emitió un chillido.

Jeant la abrazó y la obligó a ocultar el rostro, para que no pudiera ver la explosión final que todos esperaban, y que no llegó a producirse.

¡Porque la Tierra desapareció de la vista, envuelta en nubes informes, como si la tremenda condensación de calor producida por la caída de Ktare, hubiese producido una ingente masa de nubes!

— ¡Bendito sea Thei! —exclamó alguien de los reunidos en el puente de mando.

— ¿Qué es lo que ha sucedido? — preguntó otro.

Nadie, ni siquiera Jeant, podía explicarlo. La evidencia estaba allí. Ktare había desaparecido, fusionándose en un terrible choque con su planeta. El satélite dejó su órbita y cayó.

¡Pero el aniquilamiento no se había producido totalmente!

Y las nubes, cada vez más densas, impedían ver el resultado de la colisión.

Un rayo de esperanza brotó en el ánimo de Jeant, quien se apresuró a llamar a la nave dos.

— ¿Klatok?

— Sí, lo he visto, Jeant... ¡Ha sido espantoso! ¡Aquello debe ser un infierno!

— En efecto. Ktare cayó sobre nuestro continente. Posiblemente se ha hundido todo. El mar ha saltado hacia el aire y la dislocación ha sido impresionante... ¡Pero la Tierra continúa intacta!

— ¿Intacta? ¡Nadie ha podido sobrevivir!

— Bueno. Eso está por ver... Alguien, a quien quiero mucho, tuvo un sueño... Vio cortinas de agua cayendo ininterrumpidamente sobre el suelo. Y un «uhrseo» me contó la historia de un hebreo que estaba construyendo una gran barca, allá en los desiertos donde vive su tribu. Dijo que su dios se le había aparecido y que iba a venir un diluvio.

— ¿Un diluvio, Jeant?

— Sí, Klatok. Y eso puede estar ocurriendo ahora. Fuego y agua es

igual a condensación de vapor. Luego, al ocultarse Thei, el vapor se enfría… ¡Y el torrente de agua que soñó Kra caerá sobre la Tierra, anegándola hasta los picos de las montañas más altas! ¿Me comprendes, Klatok?

— ¿Quieres decir que nuestro planeta no ha sido destruido?

— No lo sé… Pero sería maravilloso que así fuese, y que el fuego y el agua lo hayan purificado todo.

— ¿Y podremos volver?

— ¿Por qué no, Klatok? Ésa, después de todo, es nuestra tierra.

— ¿Piensas que…?

— No sé qué pensar, Klatok. Pero lo que haré será esperar, orbitando en tomo a Thei, a ver en qué acaba esto.

Kramadna se acercó a su esposo y le dijo:

— En mi sueño, la lluvia estuvo cayendo durante cuarenta días y cuarenta noches, esposo amado. Luego, salió Thei y las aguas empezaron a descender.

— ¿Entonces…? ¿No ha muerto el planeta? — preguntó la voz de Klatok.

— ¡No, creo que no, Klatok! ¡Y esperaremos! Esperar tenía ya un verdadero y auténtico sentido de esperanza.

Jeant abrazó a Kramadna y sintió latir su corazón.

— ¡Si Dios quiere…!

FIN

BOLSILIBROS TORAY



OESTE



TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.

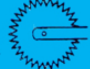


SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS

Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicacion quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.